

JOSE EULOGIO GARRIDO ESPINOZA

# CARBUNCLOS

LIMA – PERU

1945

### TONICA Y MARAVILLA DE LA LEYENDA

Una vez, hace muchos años, cuando la madre hacía aún en el hogar dulce agua de ternura para nosotros, tuve un sueño. Soñé que era dueño de un cerro; de un cerro que era varios cerros a la vez, entretenidos todos ellos en conjugar verbos de nubes en el cielo, barajando vientos y lejanías en el cielo, o mirando, desde su indolente severidad de piedra, a la iglesia, a la calle, a la escuela, a la casa y a ese hilo de agua de la acequia que zurcía los rumores del pueblo, repitiendo los chismes de las gentes y urdiendo comentarios y leyendas de agua entre las piedras.

Y soñé con ser dueño de un cerro y de una leyenda. De una leyenda que bajara de ese mismo cerro, pero desde donde los misterios y los encantamientos de sus voces de piedra, no fueran precipitadas para asustarnos en la infancia, que no quiere acostarse ni dormir por el temor y el miedo de perder su cerro.

"Carbunclos", este libro de José Eulogio Garrido, me ha traído al recuento de los años menores, de esas cosas que ya tenía olvidadas; como la prima aquella de mis primeros besos, como los muebles y los rincones de la vieja casa del pueblo donde jugamos tanto.

Este libro de Garrido, es un regreso a la infancia, que dejó de ser niño, que se alejó de la aldea y que repasa ahora como una lección en los gastados libros de la memoria. Porque hay todavía una infancia en el cerro "Pundin" y en el "Pariacaca"; en el cerro "Guamani", en el cerro "Quispampa" y en el "Güitligùn". Una infancia que; como tal, es toda una vida.

Ellos, los cerros, le dan tono de misterio, de inquietud, de sugestiva atracción, y se definen en la leyenda misma, como si el espíritu del niño, que intentaba, desde sus altas cumbres, seguir "la ruta del sol", mirarse en el espejo de la luna o destender la cama del cielo y hacer ruido con los cascabeles de los luceros, estuviera dirigiendo el concierto y la orientación de cada uno de los pasajes de "Carbunclos".

No voy a analizar los temas ni el sentido de la obra de Garrido.

Quede ese alegato para la crítica, no para mí, que me siento volver a los estudios de una geografía de tiempos, en que el alma no tenía tanto rescoldo de agitación y mal vivir, ni tan ardida ceniza de pasión y tristeza.

Ante todo, José Eulogio Garrido es un poeta. Si esta obra suya está organizada en líneas diferentes o fuera del aforo regular, que en la característica del verso es antagónico y abre controversia, en cambio tiene en sí la poesía misma, en permanente y vigilante constatación musical dentro del paisaje, que contribuye con incalculables y múltiples aportes de fantasía, de emoción, de cándida niñez, de inocente ruralidad y de lírica ingenuidad escolar, a la formación de estos relatos de "Carbunclos". En uno de ellos, a la sombra del patio familiar, le oímos decir: "Una cabalgata de nubarrones corría piáfate sobre los cerros del Sur, bajos y plácidos. Sus crines revueltas parecían ovillos enredados de hilos de plata".

La poesía de "Carbunclos" reside en aquello que tiene de espiritual, que no es la Noche Buena del único diciembre de los años, sino la sugestiva y vital animación de su Navidad, la atrayente y sutil realización de su festival íntimo, la nítida y dulce perspectiva pascual del Nacimiento. Todas estas cosas, están en desacuerdo con la técnica de los profesionales del ritmo, de la rima, el consonante desconsolador y cautivante, sienten la disconformidad por la obligación o por la lealtad a la costumbre, aun cuando existe, como un deber, el sentido real de la armonía que uniforma sentimientos dentro de la libertad de los principios.

Discutir en Garrido al poeta y al intelectual, es ignorar la poesía que hay en la prosa de Garrido. Todas sus narraciones llevan una lírica, una acústica, que los silencios, empeñados en no oírse ni ellos mismos, hacen alto en los vacíos egoístas del viento, para saber qué poesía cuenta la prosa de Garrido. Vallejo encontró las mismas emociones para sus versos. Afinidad en el tema únicamente. Ni el uno, ni el otro, se atraviesan en el camino. Cada cual tiene su conciencia de viajero en conquista sobre los motivos permanentes. Vallejo es el poeta de una raza y la emoción de una raza. Garrido es el poeta de una prosa que tiene la raza de esa emoción. Ambos hacen pascana en aspectos locales, que son aldeas y pueblos: que son costumbres familiares. Por donde andan

los mismos cielos, los mismos vientos, la misma gente de esa niñez que tienen los poetas y que ahora salen a tomar soles de tiempo y de recuerdo, en este andar de los años, como para decirnos: "La iglesia muy llena de sí misma como las indias cuando recién se ponen su rebozo nuevo y su sombrero lleno de cintas, recorta su silueta sobre el telón oscuro del cielo..."

Hay estancias en los relatos de Garrido, que sostienen, no solamente una leyenda, Sostienen una legislación de la belleza, como si la constitución de la lírica anduviera dentro de su crédito legal. Repaso de cosas que los viejos pusieron en tránsito de miedo, para asustar a los niños, pero el miedo de los niños de la infancia de Garrido, le da ahora conciencia y corporeidad. Hay cuadros en "Carbunclos", donde el miedo nos ausenta de la realidad de la vida, para llevamos a la realidad de la leyenda, que es otra vida. Garrido es el mejor intérprete del pánico, el mejor expositor del cáustico que es el miedo:

"-Aay!... Aaaaaay!... ¡Aaay!

La leña crepitó, crepitó, crepitó.

Nuestras miradas, pasaron de la puerta cerrada al fogón.

Una pausa larga... larga... larga

Afuera canto una lechuza.

Pávidos nos miramos unos a otros y estuvimos a punto gritar".

El lector mismo puede ir con su propia imaginación constatando lo que digo. Allí está "El duende". Muy pequeño, muy evasivo, muy inmaterial, el mismo duende que yo tuve en mi huerto, en el molle aquel de "Ventarrón", bajo cuya sombra jugábamos en el día, y en las noches lloraba y se quejaba como un niño.

Hay que leer "Las escondidas", "La lámpara". Ambos muy naturales en el lápiz que describe su silueta. Un retorno a la luz de esa lámpara que nos acompañó en la casa del pueblo, hablando con la llama viva del kerosene, ella misma de "pedestal blanco y tubo oblongo, con una cenefa al centro y en la cenefa un paisaje"...

Cuando Garrido nos dice: "era una casa pesada, donde vivían la Mujer Blanca y la Mujer Negra", la mano del tiempo parece que se moja los dedos en el labio del cielo, para volvemos páginas, que dejamos al calor del fogón y la ceniza, de la tinaja y el regazo de la

tía vieja que nos contaba cuentos.

"Los tres golpes en la puerta", fue el mismo susto que tuvo la familia en la hacienda, que yo oí y que nunca he podido escribir. La familia cuando yo era pequeño y jugaba con mis primos edificando letras de juguete, mientras la tía hacía dormir al menor de los chicos y la abuelita y la otra tía, hacían el rosario del sueño intermitente y arrullado con el "rac-rac" de la mecedora, oímos en crudo el relato de "Los tres Golpes".

Hoy otros más: "El Cau-Cau", "La Procesión de las Animas", "La viuda", "El bulto blanco", todos son acuarelas de bruma y miedo, de la sombra y temblor infantil. No hay espíritu de niño en la república de nuestros miedos, si dentro de su respiro no intervienen los efectivos con que Garrido calibra este libro. Todos hemos pasado por estos pánicos. Pero no todos en el Perú hemos sabido decirlo en forma tal, que el relato parece realidad, y la realidad nos hace volver al miedo del relato.

Yo quisiera saber algo, que Garrido no deja asomar en el trasluz de sus recuerdos. Su permanencia en la conciencia infantil de los recuerdos. La vida del hombre tiene calidades y cualidades, y la calidad de Garrido como escritor, no ha azucarado la cualidad del escritor, que se identifica con la leyenda misma. Porque me gusta oírle repetir como si hablara para sí solo:

"Un sofá duro y venerable y unas sillas de brazos, corridas a lo largo de las paredes, sufren los crujidos de los fustanes de las viejas tías arrebuajadas en sus pañolones"...

La imaginación del hombre no se descalza en cualquier remanso o charco del camino: Garrido tiene en su haber, el conocimiento de todos los climas del Perú. Todos los climas de la leyenda y de la historia. De la tradición más que de la historia. De la tradición que fue historia y termina como una leyenda. Su vida no se ha parado en una esquina a esperar vientos fáciles para atravesar la calle. Muy al contrario. Ha ido en busca de la propia naturaleza probando todos los caprichos de sus aires, sus lluvias, sus lunas, en conocimiento de sus múltiples argumentos: "Al trueno seguía un relámpago azulado como llama de alcohol, y a su luz súbita las casas parecían un rebaño de ovejas perseguidas por los lobos"

Estos relatos de "Carbunclos", los ha vivido nuestra sangre en

el pueblo. Los mismos cerros nos han acompañado. Paso a paso nos han seguido a la escuela, a la casa, a la Iglesia, a la acequia, al cementerio mismo que, en un costado del camino, estaba como si nos esperara a todos. Las mismas cosas nos ha contado el miedo, en voces que oímos solamente nosotros, cuando el miedo nos hacía condecoraciones audaces. Los mismos motivos' nos han defendido de la intención de los duendes y de la sombra o del fantasma que nos ataja el paso del caballo, cuando el camino se angosta en todo el miedo. Y porque la mano del muerto nos arroja piedras incógnitas en el techo primero, en el comedor, en la sala y en los cuartos, y cuando el espanto enciende sus lámparas en ese aceite de inquietud de las gallinas del corral, y aúlla el perro, y no hay chismes de gatos en los techos...

Volver a los años que se han ido, es como darse un baño con lágrimas de las almas que nos asisten en este miedo de la vida. Es el refresco de los años, que vuelven a beber agua de la tinaja, donde los helechos se pusieron sus mejores verdores para vivir en el recuerdo de la humedad de las palabras de la abuela, de los regaños de las tías y los gritos de los muchachos. Es vivir toda la provincia en este libro, porque "la noche estaba metida toda en el traspatio y en el callejón. La lluvia era su voz".

Es así, José Eulogio, como aprecio tu libro. Es como si hubiera caminado de nuevo entre los ya intocables motivos de mi pueblo, de mi casa y de mi madre. De mi pueblo, en donde había un Cerro y una leyenda; de mi casa, en donde "penaban" los difuntos; y de mi madre, que me contaba las leyendas del cerro y era la única en la casa que no tenía miedo a las "penas", porque rezaba por las ánimas viajeras que nunca quiso que penaran en las almas de sus hilos: de nosotros, que no rezábamos nunca y nos dormíamos apenas después de persignar la noche en nuestros labios.

Es así. José Eulogio, como me has llevado de viaje a la provincia. A la provincia de la ausencia y de la lejanía únicas. Por ello, me he senado a conversar con mis recuerdos, para viajar a mi provincia. Y todos estamos de acuerdo. Todos somos felices en el clima de tu voz, en el sentido de tu voz, en la armonía de tu voz, al decirnos que "la sombra de tu madre viene muy cansada, se asoma con sus ojos turbios, sus trenzas grises y sus tiernas manos de

lugareña, y pasa"...

Eso es todo. Porque los "carbunclos se encienden y se apagan y corren como perseguidos por el diablo"...

Nicanor A. de la Fuente.

Chiclayo, 1945.

Se abre este libro con una alborada blanca y azul y se cierra con el nocturno de la misma alborada.

Un día largo se bambolea entre la alborada y el nocturno de la alborada.

La sombra de mi madre que viene muy cansada se asoma con sus ojos turbios sus trenzas grises y sus manos de lugareña, y pasa...

Apartaos... Callad. Ella viene desde no sé donde, sólo porque yo la he llamado.

No sonriáis a causa de sus gruesos zapatos de cordobán, de su pollerón negro, de su blusa de percal, de su pañolón cardado, de su escapulario.



Escenario:

Huancabamba:

Dos cerros titánicos: uno azul, otro rojo. Del uno al otro, picachos pardos azules y grises. En el fondo, una rampa multicolor: Hierbas. Árboles, pencas, casas dispersas, piedras. Lomadas; la Iglesia sobre un barranco; caminos que vienen, que se van, que se hunden. Arriba, un lienzo azul, sobre el que las nubes y el sol componen y desacomodan, pintan y borran, a cada minuto, decoraciones fantásticas.

## ALBORADA

Azul celeste el cielo.  
Verde esmeralda la ladera.  
Cantor y cristalino el río.  
Blancas y fugitivas las nubes.  
Empinado y amarillo el camino.

Mi madre trepa la cuesta llevándome de la mano. Y yo me siento frágil, alado y prismático como una pompa de jabón. En mí se reflejan el cielo, la ladera, las nubes y el camino.

Un chiroque canta su canción matinal.  
El vestido negro de mi madre mancha el sendero.

Los dedos y la voz de mi madre, que me instan a subir presto, son como una milagrosa escala. ¿Iremos al cielo esta vez?

Nos hemos levantado antes que el sol y viajamos cuesta arriba en busca de unos tragos de leche recién ordeñada. Vamos en pos de una vaca negra famosa en la campiña.

Mi madre salmodia su estribillo cada tres pasos:

-¡Apura muchacho que ya se hace tarde! ¡Apura!

Y yo la sigo, ajustando su mano derecha para que no me deje.

De fato en rato me mira y la ternura dulce y mansa de sus ojos borran la maravilla de la mañana. La borran. Y siento que mi corazón principia a arder, a arder...

Me hago el remolón para que ella vuelva a mirarme y aún cuando se pone severa sus ojos son siempre más diáfanos que la luz.

¡Cómo siento aún sobre mí su mirada cándida, y me vuelvo niño y quiero salir a la carrera, irme por las lomas a volar cometas y escaparme de la escuela tan fastidiosa!

Esa mañana me enseñó ella lo que era "el rayar de la aurora", porque los chiroques de plumaje amarillo y negro, cantan tan dulcemente, porque el río de mañana y brama de noche, porque los buenos se van a cielo y malos al infierno, porque a los cerros les gusta "remedar" a los muchachos, porque no se ven las estrellas de día y porque hace mal comer demasiado queso.

Aprendí eso aquella mañana y esa es toda la ciencia que poseo para saber del universo y de la miseria de los hombres.

Antes que la noche trepe al cielo y salgan los tucos de sus madrigueras...

## CREPUSCULO PRIMERO

### La ruta del Sol

Para Aníbal Martín.

La campana del pueblo había tocado el Ángelus.

¡Din Dan!

¡DINDAN!

¡DIN DON!

¡DIN DAN!

¡DIN DON!

Mi madre al oír el tintineo, salió de la cocina, se santiguó, cruzó los brazos prietos que tanto sabían de mí y dijo:

-¡El Ángel del Señor anunció a María!

La Gertrudis, una china de cara chata, que lavaba los platos, contestó:

-¡Y concibió por obra del Espíritu Santo!

La voz de mí madre volvió a sonar:

-Dios te salve, María, llena eres de gracia...!

Yo me había trepado sobre el poyo del horno y desde allí miraba, miraba.

-¡Mamita!... ¡Mamita, venga a ver cómo se hunde el sol detrás del cerro!

¡Apure!... ¡Mamita!...Que ya no lo alcanza.

Mi madre acudió solícita.

El sol, como un disco de bronce hirviendo, desaparecía entre el abra que forman el cerro Güitiligún y el cerro Pundín. Ya no quedaba sino un arco muy delgadito, ni más ni menos que las redondelas de plata que les ponen a los santos.

-¡Mamita y ... ¿a dónde se va el sol?

Mi madre, que no tenía otra ciencia que la de su ternura, me miró, sorprendida.

-Se va lejos, dijo como enojada.

-¿Entonces no se cae detrás del cerro como me ha dicho el Moisés?

-No, hijo, no se cae, se va no más...!

-¿Muy lejos, mamita?

---

Mi madre clavó en los míos sus ojos dulces llenos de reproches.

-Estás muy preguntón, muchacho... ¡No se va muy lejos!

-¿Hasta la jalca se irá no más, mamita?

-Un poquito más allá... ¡Déjate de preguntas!... ¡Vamos a comer!

-Un ratito espérese mamita; y la retuve anudando mis brazos a su cuello!

-Déjame criatura, que ya la merienda se enfría!

-¡Oiga, mamila! ¿Y por qué el sol sale todas las mañanas por el cerro Colorado, que está detrás de nosotros? ¿Cómo da la vuelta?

Pasaron unos minutos en silencio. Ya el Sol debía haber caminado su buen trecho. Seguro estaría sobre las pampas de la jalea. Un vichauche llegó, cantando, a dormir debajo de una teja en la ramada del horno. El cielo limpio, limpio, sin una nube, sin un lucero. Parecía de seda. Y era de un color morado claro, como los lirios, como las ojeras de la Virgen de los Dolores.

-¡Oiga, mamita, dígame pues!, ¿por dónde da la vuelta el sol para salir sobre el cerro Colorado?

-Da la vuelta por allá, balbuceó la voz de mi madre, con un tono tan suave, como el del cielo en ese instante. Al mismo tiempo, con su brazo derecho extendido hacia el Poniente, fue marcando la ruta del sol. ¡Mira, muchacho! Cuando llega a la punta de ese cerro, da una pequeña vuelta y se va por las jalcas del camino de Piura, sigue para abajo, cruza sobre la Laguna y de allí pasa al cerro Colorado... ¡Y ya no me preguntes más!...

La mano de mi madre había trazado un semicírculo desde el Cerro Azul hasta el cerro Colorado. Luego deshizo el yugo de mis brazos y se fue.

Yo, con los ojos muy abiertos, quería alcanzar hasta los lugares donde estuviera el sol. ¡Cómo deseaba estar en el cerro más alto!... Y si me fuera mañana a la misma hora que el sol se va?... En tres días podía ir desde el Güitiligún hasta el Colorado, por detrás de los otros cerros siguiendo al sol... y volvería y le contaría a mi madre cómo son esos sitios y si el sol se ve tan grande.

El cielo se había puesto de un morado oscuro y sedoso como terciopelo. Lo decoraban muchas estrellas: unas grandes, otras chicas y otras más chiquitas. Ya no se veían las casas. En la laguna próxima gritaban las ranas.

La voz de mi madre las opacó.

-¿Vas a venir muchacho?

-Ya voy mamila.

Me bajé del poyo un poco triste. En lugar de ir a la cocina hubiera querido tener listo un caballo, montar en él, espolearlo e irme por los cerros siguiendo al sol hasta bien de mañana que volvería con él y desde la cumbre del cerro Colorado llamaría a mi madre.

-¡Mamila!... Mamitaaaa! ¡He andado toda la noche con el sol...

Hemos caminado tanto... tanto... Estoy bien cansado!...Ya bajo a contarle... ¡Espéremeeee!

---

## CREPUSCULO SEGUNDO

### El arco de siete colores

Acababa de llover. El estampido del último trueno se iba dando tumbos sobre los picos más altos de los cerros. Las goteras seguían su canción al caer de las tejas a la calle. Tac Tae hacían los gruesos goterones. Tic tic hacían las gotas menudas y claras. El toldo metálico, rugiente y obscuro, que habían tendido manos invisibles sobre el pueblo, desde el cerro Pundín hasta el cerro Pariacaca, comenzó a moverse como el impulso de un ventarrón. Se elevaba y se ahuecaba como un odre mal inflado. Por ciertos sitios amenazaba romperse.

Yo, sentado en el pretil de mi casa, descalzo y cansado de chapotear entre los charcos, un poco tris le por el finar de la lluvia, que me obligaría a ir a la escuela así que amaneciera ¿Por qué no llovería mas, a ver? A los ángeles también debían castigarlos por holgazanes. Apenas echaban unas cuantas bateas de agua al suelo y ya se cansaban. ¡Que los pusieran a aprender Gramática, a ver!

Ya el toldo parecía próximo a romperse. ¿Qué iría a suceder? Y si se caía algo de arriba y aplastaba al pueblo?

Di un salto. Entré a la casa gritando:

-¡Mamila! ¡Mamila!

-¿Qué le pasa muchacho?

-¡Ven! ¡Ven!

-Pero ¿qué te pasa?

-¡Ven, no más

Mi madre apareció un poco asustada con las manos blancas de harina y el rostro enrojecido.

Yo me abalancé sobre ella y tirándola de una manga:

-¡Ven, llévame adentro... ¡tápame bien! Y me apretaba contra ella.

Mi madre entre severa y trémula, se sentó en una tarima y me estrecho como cuando era pequeño.

-¡A ver! ¡Cuéntame que le ha pasado! ¿Te han hecho algo? Yo apenas pude balbucir:

-¡No mamita!... pero... yo soy un niño bueno, ¿verdad, mamita?... rezo todas las noches, verdad, mamita?... y hago las cosas que me

mandan?... ¿La quiero mucho, verdad?... Y si al pueblo le cae encima un piedra grandaza... nosotros nos salvaremos, verdad mamita?

-Pero; ¿Qué dices muchacho?... Vaya una patrulla de disparates! Ya le habrás juntado con algún malcriado de esos... A ver, sosiégate y ven a ayudarme.

En ese momento un trueno traqueteó arriba y la casa tembló.

-¡Mamita!

Y me ajusté más a ella cerrando bien los ojos y no queriendo oír tampoco... Ya el toldo se rompería seguramente y la piedra grandaza habría aplastado el pueblo desde el Ciclón del Alto hasta Chalaco... ¡Pero...!

La voz de mi madre, mitad arrulladora, mitad colérica, sonaba como un eco lejano.

-¡Muchacho! ¿Qué estás enfermo?... ¿Te han asustado, acaso?

A ver, di!. Si sigues callado no te haré los bollos que te gustan.

Mi madre hablaba de bollos; entonces el horno también se había salvado.

Un rumor de voces.

-¡Mamita! Venga a ver este arco iris tan lindo!

-Alla voy. Vamos a que veas una cosa bonita afuera.

Yo intente retenerla. Ella quiso desasirse de mis brazos.

-Entonces quédate y ya vuelvo para echarle a la cama, malcriado.

-¡No mamita! ¡Si soy contigo!

Y prendido de ella con los ojos bien cerrados, principié a caminar.

La voz de Elena, mi hermana, sonó.

-No ve, mamita! ¡Qué bonito, diga!... ¡Qué lindo!

-Verdad muy lindo, repitió mi madre. -¡A ver, mocososo, alza la cara y mira eso... ¡Zonzo!

Yo me aventure a abrir un ojo. ¡Cuánta luz y de qué color más lindo!

Creí soñar. Abrí los ojos de par en par y quedé deslumbrado.

-¡Qué lindo! dije atropelladamente.

Una cinta ancha, muy ancha, de tanto color parecía suspendida entre el cerro Pariacaca y el cerro por donde se va a Sondorillo, formando un arco. Las nubes ya no estaban negras, sino rojas y verdes y amarillas y rosadas y color de naranja. El toldo se había desgarrado por muchísimos sitios y el cielo, como de terciopelo morado, como las flores del cinamomo se veían por las roturas. Por el



abra del cerro Güitiligún y el cerro Pundín, que parecía la boca de un horno ardiendo, se hundía. el sol en ese momento.

-¿Qué es esa cinta tan linda mamita?

-¿Cinta? ¡Vaya el zonzo! farfulló una voz burlonamente.

La voz de mi madre la interrumpió.

-Esa cinta se llama el Arco Iris. El Taitito la hace tejer por las vírgenes en el cielo y a veces manda que la tiendan para que la puedan ver las gentes de acá abajo, que no son muy malas... ¿Comprendes?

Yo tenía los ojos desorbitados por el ansia de no perder de vista el arco.

Pero luego se fue destiñendo.

Una pena muy aguda me mordió muy adentro.

-¡Ya se llevan la cinta mamita!

-Ya la verás otra vez, hilo.

Y la cinta fue deshilachándose, deshilachándose.

Las nubes se hicieron vellones de lana de oveja recién lavada y al desgarrarse uno de ellos, asomó su rostro de papel plateado, en perfil, la luna.

## CREPUSCULO TERCERO

### El Cometa

Para ti, padre.

La tarde había sido trágica. La clase de Aritmética y de Historia Santa resultaron desastrosas. Los muchachos, más preocupados con la idea de salir temprano a volar "las pavas" y "los barriles", no tuvimos tranquilidad para desarrollar los problemas ni para aprender la historia de Esaú y Jacob. Y así fue como mi padre, a la hora de la lección, nos pilló azorados y sin una idea fija en la cabeza.

La mortandad fue inevitable. Uno tras otro mis compañeros oyeron una salmodia de calificativos humillantes y aún sintieron coscorrones de cierta magnitud en la "tutuma". Yo no podía escapar a la suerte común. En el magín me danzaban una idea absurda los "complejos" y el plato de lentejas de Jacob y a la hora que mi padre me interrogó hice una mescolanza desconcertante. El apenas me miró en relámpago, a través de sus cejas espesas tan temibles para mí. No me dijo nada. Pero ya sabía yo que la tormenta se desencadenaría después.

-¡A repasar de nuevo, sin moverse de aquí! ¿Ya entiende usted? Sin moverse. Esto de "Sin moverse" resultaba para mí más pavoroso que el más áspero adjetivo y más que tres coscorrones de ley. Significaba no poder ir a corretear, no poder ir a la "otra casa", donde mi mamita; no poder ir al rezo de noche; no poder... en fin...

Bajo el peso del castigo tuve que sentarme en un rincón con la pizarra, el lápiz, la embrollada Aritmética de García Godos y la chismosa Historia Santa. Y la danza en mi cabeza fue más tremenda. Eso por un rato prudente, mientras oí los paseos y refunfuños de mi padre, en los altos. Cuando éstos cesaron me entretuve en fojear la Historia en busca de "las figuras".

A poco hubo alboroto en la casa.

-¡El cometa! ¡El cometa! ¡Vengan a ver el cometa!

Carreras de mis hermanos a los altos.

Yo creí que se trataba de alguna cometa grande y me pareció

demasiado aspaviento.

-¡Ven, hombre, a ver el cometa!

-¿Qué cometa? ¿De quién es?

-¿De quién? ¡Tonto! Si no es cometa de papel. ¡Ven para que lo veas!, me dijo Máximo subiendo de dos en dos los peldaños de la escalera.

-¿Y si "me trata", mi papá?

-¡No seas zonzo! Sube un momento y vuelve a repasar.

Yo me había convencido desde antes y alcancé a Máximo.

Salimos al balcón largo de la casa que se abría sobre la plaza. Hacia el extremo, mi padre rodeado de mis hermanas, miraba hacia el lado por donde se ocultaba el sol.

Máximo y yo nos acercamos sigilosamente para que no nos sintiera mi padre. Ya detrás del grupo, nos empinamos para mirar. No pude reprimir un: ¡Oh! ¡Oh! gutural.

Un lucero enorme con una gran cola brillante parecía prendido en el cielo sobre el testuz del cerro Güitiligún.

El cielo, hacia el Poniente, y las nubes que bogaban cerca parecían en llamas.

-¡Oh! ¡Oh! ¿Qué es eso papá?

La pregunta me salió borboteante y cuando quise contenerla ya estaba fuera. Esperé la tempestad y bajé la cabeza.

Mas, sólo oí la voz de mi padre, grave y serena:

-¡Es un cometa! Un astro que sólo aparece cada muchos años. Ya después lo entenderás mejor... Acércate para que lo mires bien... Y me jaló hacia sí. Yo me acerqué a la baranda.

La mano de mi padre sobre mi hombro y su voz, tan llena de serenidad, al decirme: -¡Qué hermoso es! -abrieron los primeros goznes de mis ojos ante la belleza.

## CREPUSCULO CUARTO

### Los Reyes Magos

Para Arturo Jiménez Borja.

Una tarde, una tarde muy viera, una tarde que ya se deshilachó en la alforja del Tiempo, conocí a los Reyes Magos. Sí, a los Reyes Majos. A aquellos de quienes la Historia Santa dice que, desde tierras lejanas, guiados por una estrella, llegaron a Belén, a adorar a Jesús Nazareno recién nacido.

Los conocí en mi pueblo movedizo de Huancabamba, que se apelotona y desparrama en una encrucijada dramática del Ande.

No acierto a comprender cómo es que los Reyes Magos encontraron el camino de mi pueblo cuando es evidente que en el no nació Jesús de Galilea.

Pero yo los vi esa tarde que no se borrará nunca de la pizarra inmarcesible de mi niñez.

Era la tarde de un 6 de enero. Una tarde de nubes locas y de un azul más loco aún. Uno que otro trueno lejano y el corretear indómito del viento hicieron decir a más de un poblano:

- A'ura si que va a llover y "juerte"!

Pero no llovió.

Las nubes se contentaron con rascar su neurastenia sobre los filos de los cerros y en apostar carreras desenfrenadas desde el Cerro Pundín hasta el cerro Pariacaca.

-Y si llueve, **ya** no llegarán los Reyes, pensé tragándome una desilusión.

Yo había oído hablar tardes y noches atrás, a viejos y muchachos, que estaban por llegar los Reyes Magos y que llegarían precisamente ese día.

Y mi esperanza estaba madura ya.

Los esperaba con una curiosidad tremenda, con un esperar que me agujereaba el sueño... Yo no había visto más Reyes que los pintados en la Historia Santa (Saúl... Salomón...) y en un librito de Cuentos que me regaló un día de mi santo un tío muy dado a la lectura.

Desde muy temprano, acabadito el almuerzo, corrí a sentarme en la "mesa" del horno de mi madre en el fondo de un corralón cercado de pencales. Y me citué allí porque todos habían dicho que por el camino de "El Alto" bajarían los Reyes... El Alto era un altozano redondo y empinado por uno de cuyos flancos trepaba uno de los brazos del pueblo. Y el camino de "El Alto" estaba bien patente desde el poyo del horno. Además, desde allí se veía bien la Posada que les habían acomodado a los Reyes para que en ella se hospedarán, que era la misma Posada en que ya estaban San José, la Virgen y el Niño Jesús, desde hacía días, según me contara a media voz el Hortensia, un muchacho muy devoto e "invencionero" ... Yo no me habría atrevido a repeir semejante cosa por mi cuenta, porque en ningún momento osé acercarme a la posada ésa ... ¿Por qué? ... Simplemente, por el miedo de que al acercarme la Posada se desvaneciera como los fantasmas que las Noches de Luna Cachuda vagaba por los corredores de la Iglesia... Pero desde el filo del horno sí vela bien la Posada. Veía dentro de ella a un Hombre y a una Mujer vestidos con túnicas como las de los Santos, medio arrodillados a un lado y otro de una especie de nido grande. Y creí cierto el dicho del "invencionero"... Con todo, más me angustiaba la llegada de los Reyes, aunque más imposible podía ser que hubieran llegado San José, la Virgen y el Niño cuando Tayta Cura no había dicho nada en la Misa de por la mañana... ¡En fin! ... Yo seguía mirando hacia el camino de "El Alto", mientras rumiaba cancha y peleaba apuestas con otros muchachos.

De repente se elevó una densa polvareda por el rincón más alto del camino.

Grito cuádruple que por poco no tumba el horno y opaca el grito de un trueno remoto:

-¡Ya bajan!... ¡Ya bajan!...

-¡Ya bajan!... ¡Ya bajan!...

Y nuestro grito múltiple se multiplicó por las casas vecinas e hizo estallar otros gritos iguales...

La polvareda fué bajando ... bajando... Nosotros, con el alma en los ojos, nos trepamos a la mesa del horno y nos prendimos a los magueyes del techo haciéndolo temblar...

-¡Muchachos: Quítense de allí, que me van a lumbar el horno! -gritó la voz imperativa de mi madre, que ni atendimos.

La polvareda se perdió y volvió a reaparecer en un recodo más bajo

del camino. ¡Bah!... ¡No eran los Reyes!... Era una piara de mulas cargadas con zurrone de tabaco!

Como tumbados por el viento fuerte, desilusionados y tristes, caímos sobre la "mesa" del horno.

Ya, a esa hora, el Guitiligún se iba tiñendo de morado y el Pariacaca parecía de sangre coagulada. Y las nubes, arriba, siempre errábundas, ya no eran plumizas sino multicolores.

Uno de los muchachos, el más crédulo, se había erguido otra vez sobre el poyo, y de súbito gritó:

-¡Ahora sí que ya bajan los Reyes!

Impetuosamente nos paramos todos.

Podía ser cierto... Una polvareda más larga, y más espesa y como de humo de incienso caracoleaba por el camino del Alto... ¡Fué cierto!... La polvareda se convirtió en la Cabalgata brillante de los Reyes Magos... No se podía dudar... ¡Ya no!... Mis ojos veían unos jinetes con ropas deslumbradoras: uno montado en caballo blanco, otro en un caballo overo y otro en un caballo zaino... Y delante y detrás mulos cargados y gentes a pié con ropas largas y chillonas... Sobre las cabezas de los jinetes brillaban coronas... ¡Eran los Reyes Magos!

... yo y los demás muchachos brincamos, alegres, sobre el horno.

Cohetes y gritos partieron unos detrás de otros a colgarse de las nubes y a meterse en las cuevas de los cerros.

La Cabalgata siguió bajando, y luego de esconderse detrás de unos pencales volvió a aparecer más cerca, y, trotoneando por una trala Posada. Entre los techos del poblacho y las nubes Jubilosa algarabía.

La cabalgata se detuvo delante de una tranca. Allí se desmontaron los Reyes, y uno detrás de otro se acercaron a la Posada, que en verdad era un entarimado, y mi sabiduría posterior me sugiere que debió tratarse de un "proscenio" rústico. Ya delante de la Posada, el Rey Blanco, que llevaba un largo manto azul, gritó con voz de trueno unos versos cuyas consonantes terminales fueron "remedadas" por el Cerro Pariacaca... A mí me parecieron unos versos lindos. Y lo mismo a todo el pueblo. Luego el Rey Indio, que arrastraba un largo manto verde, dijo unos versos que apenas si oí y que apenas si oíría el cerro Pariacaca, pues ni siquiera se ocupó de repetirlos... Luego el Rey Negro, que arrastraba un manto rojo, dijo otros versos que ni entendí.

Vi sí que el Rey manoteaba mucho... El Pariacaca se quedó "en

ayunas". El buey que estaba en un rincón, se puso a mugir. Luego San José, de pié, cerca de la Virgen invitó en verso a los Reyes a que subieran a adorar al Niño... Y los Reyes subieron y adoraron al Niño... Y ya no vimos más, porque la noche que había subido detrás de los Reyes, a adorar también al Niño, lo borró todo...

-¿Y la estrella? - pregunté ansiosamente.

Mi madre, que apoyada al horno, miraba también la escena, dijo:

-¿Que no la ves muchacho? Allí está sobre la Posada.

Y vi sobre el techo de la Posada, prendida sobre el cielo azul-violeta una estrella enorme y resplandeciente.

Después me quisieron convencer de que los Reyes Magos habían sido el Jullán, el José y el Tomás, unos mozos del Pueblo; que San José no fué otro que el Manuel María, carpintero por más señas y la Virgen nada menos que la Isabel, una guapetona muchacha que traía atolondrados a todos los mozalbetes de la aldea... Y también me dijeron que los versos los había hecho mi Padre hacía años y que don Pancho el barbón los había enseñado a los Reyes... Y que el Niño, que se puso a llorar después de los versos del Rey Negro como si se hubiera asustado, fué el Manuelito, el hijo tierno de la tía Catalina, que vivía cerca de la Iglesia. ¡Tanto dñjeron!... ¡Todo inútil!... Yo y otro muchacho de mi generación seguimos creyendo que los Reyes Magos que nosotros viéramos aquella tarde de un 6 de enero, fueron los verdaderos Reyes Magos, que, guiados por la Estrella de Oriente, llegaron a mi Pueblo en busca del Niño Dios, y lo encontraron.

Si no, que lo atestigüen el Paríacaca y el Guitiligún, que vieron conmigo el prodigio.

## CREPUSCULO QUINTO

### El baño

Tenía yo un maestro tremendo. Fuerte en Aritmética y en "Tabla". Fuerte en dar palmetazos dónde cayeran. Fuerte en querer que uno anduviera siempre con la cara limpia... ¡y que se bañara!... Monstruoso!... ¡Monstruoso!... Para mí llegó a ser más temible que el Diablo de los "cuentos" del pueblo... Era Recaudador y forastero. Había llegado de la costa por el camino por donde bajaban los "yunganos" cada año para la Fiesta. Hombre fornido, sólido, de mano de hierro y pies bien afirmados, tanto que yo nunca pensé que pudiera resbalarse... Pero, además, era bueno... a pesar de la Aritmética, de la palmeta y del baño...

No me han gustado nunca los guarismos. La célula de las cifras permaneció siempre vacía, donde dicen que está... Y, llegué a paporretear las "Tablas", subí la Cuesta de los Decimales, me enredé en el laberinto de los "complejos" y bajé la bajada de los "quebrados", sólo con el acicate de ese maestro tremebundo y de corazón recién horneado... Todo... todo, hice todo... ¡pero el baño!... Y hasta por esa prueba asustadora pasé, sin escapatoria.

El maestro vivía en mi casa... así que...!

El baño, antes de la llegada del maestro, había sido nada más que un pretexto para escapar de la casa, juntarme con otros muchachos, vagar por las chacras, hurtar una que otra fruta, y sólo acercamos, al fin, al filo del río, a medio mojamos la cara y la ropa... Por eso, sin duda, ha quedado grabado en mi memoria, con ácido acuafortista de los más taladreantes, el recuerdo de mi primer baño formal, cierto e histórico...

Fué la tarde de un sábado en que las nubes y el sol anduvieron de pelea, tanto que algunos, mirando el cielo, dijeron que llovería..., pero no llovió... Visto desde el corredor de la escuela, el Guitiligún era piedra gris a ratos y piedra azul a otros ratos... Los muchachos tuvieron que formar de dos en fondo... Yo me hice el escurridizo, pero el maestro, que daba estentóreamente la voz de mando, me tomó de la mano, sin remedio.



La caminata al través de la calle Rajada, al través del callejón de Doña Pelada y del barranco hasta el río, fué mas larga que una jornada a Ñangalí, con aguacero y todo... Yo iba con la cabeza baja... Apenas si de vez en cuando la alzaba para mirarle la cara al maestro y ver si se sonreía, o la alzaba al cielo a ver si se le ocurría oscurecerse y cernir lluvia... ¡Pero nada! Ni la cara del maestro se enternecía ni la del cielo se enfurruñaba... Además, la presión de la mano del maestro se hacía mas de tenaza en tono a mi pobre brazo... Ni esperanza!

Al mismo tiempo que nos acercábamos al río, la mole del Guitiligún se agigantaba y se ponía más bronca la voz del río... Entonces intenté el último subterfugio:

Dije titubeante:

-Ma...es...tro!... Es...toy... enfermo! Mejor... meda per...miso!... Pero el maestro ni siquiera me miró... Ajustó los garfios de sus dedos y siguió jalándome ladera abajo:

La voz del río se tornó más próxima y amenazante, como que gritaba al fondo de la hondonada cuyo filo pisábamos ya... Ya no me quedó ni una hilacha de esperanza... ¡Qué oscura me pareció la quebrada y qué hondo y asustador el río!

El maestro escogió para el baño el sitio más pavoroso, debajo del puente, precisamente donde había mas piedras en resbalón y donde la sombra parecía más densa...

Me desnudé temblando bajo el áspero mandato del maestro... Los muchachos más grandes se aventaron al agua entre gritos. Yo creí que no volverían a salir vivos... Los chicos nos acurrucábamos, empavorecidos, entre las piedras.

El maestro se acercó a uno, lo alzo con sus brazos nervudos, lo sacudio en el aire y le dió una zambullida. El muchacho pataleo y grito. Yo intenté huir, por lo menos esconderme, pero luego senti que las manos férreas del maestro me agarraron, me alzaron quien sabe hasta dónde y sin darme tiempo para gritar siquiera, me hundieron en el río... Creí que me ahogaba... Cuando me sacó no pude menos que gritar: ¡Ya no! ¡ya no!... y luego: ¡alalay!... ¡alalay - qué frío!...Al sacudirme el agua y al abrir los ojos, me pareció qué claro el cielo y qué manso y cantor el río.

-¿No ves como no te has muerto, ni es feo el baño, muchacho?

y esta vez sí sonrió el maestro.

Desnudo y tiritante sobre una piedra ya el Guitiligún no me asustó... Estaba tan sin ocuparse de mí... Y encima, el cielo como una ascua llameante.

Al volver a mirar el río ví como ya habían bajado también a bañarse en él las primeras estrellas...

## CREPUSCULO SEXTO

### La mujer blanca y la mujer negra

La mujer blanca y la mujer negra vivían juntas en una casa aislada, al borde de la Laguna. ¡Laguna pretérita, sin agua, quién sabe desde cuántas décadas atrás!

La casa, hosca, de sólo dos puertas que apenas se entreabrían, estaba casi en una rampa estaba también al doblar el recodo de una calle, que más que calle era un camino ancho, bordeado de vetustos pencales. La casa tenía delante el camino y detrás la laguna sin agua. Delante, en su horizonte remoto, después del pueblo, las rocas púrpura y granate del cerro Pariacaca. Detrás, en un horizonte próximo, después de la Laguna, tenía "El Alto", una colina rajada, en resbalón, por cuyos flancos laterales se prolongaba, a punta de garra, el poblacho. La casa tenía una sola ventana; una ventana muy chica y casi tan al ras del techo, que más parecía un ojo que una ventana; un ojo brujo. La casa, para nosotros los chicos del pueblo, era una casa "pesada". De día al acercamos a ella, pasábamos corriendo. Y de noche, de noche ni nos aproximábamos siquiera. Yo estoy seguro de que a ninguna hora la casa arrojaba sombra ni sobre el camino ni sobre el barranco.

En esta casa vivían - ¿dónde cuándo? - la mujer blanca y la mujer negra. La mujer blanca era el ama y la mujer negra, la criada; la esclava, mejor. La mujer blanca no salía nunca, nunca. Lloraba -según decían - perennemente un luto por no me acuerdo quién. Propiamente parece que no lloraba. Guardaba el luto, que dicen. La mujer negra era la mano de la mujer blanca - una mano negra - tendida al mundo. Y la ventana - pienso ahora - era su ojo, su único ojo.

La mujer blanca se ocupaba en hacer muñecas de trapo. De eso vivía; así decían al menos. Las hacía de todos tamaños y bien emperifolladas. Todas las chicas del pueblo tenían muñecas hechas - de deshechos, de la nada - por la mujer blanca. Unas muñecas con las caras muy blancas y los ojos algo saltones simulados con puntadas superpuestas de hilo negro y unas bocas estiradas, lineales, simuladas

con hilo de marcar rojo. Unas muñecas demasiado blancas, demasiado sin ganas de reírse, demasiado estáticas, demasiado más allá de la vida frágil. Las que miré de cerca, de cerca, no sé por qué me produjeron más de una vez impresión de escalofrío. Yo, hasta entonces, no conocía a la mujer blanca. Había oído hablar de ella, no más. ¡Pero las muñecas tenían toda la lividez que la imaginación popular atribuía a la mujer blanca!

La mujer negra, naturalmente, era como la sombra de la mujer blanca. Se runroneaba que la mujer negra hablaba y miraba de una manera extraña a los chicos. ¡Decían tantas cosas!

Yo había visto de lejos, a la mujer negra: alta, gordiflona, vestida con unas ropas cabritillas que la hacían más negra.

Nunca pasé por la casa, aunque tuviera necesidad; nunca... Pero una vez. Fué una tarde, en los albores de un mes de Marzo. Yo andaba de santero por encargo de mi hermana llevando calle arriba y calle abajo, la efigie admirable de un pequeño Jesús Nazareno, en busca de limosnas para la fiesta de El, que era el Martes Santo.

En mis trotes, sin darme cuenta, había' ido a parar cerca de la casa de la mujer blanca. Cuando me enteré estuve a punto de echar a correr. La tarde declinaba ya. Y tenía que pasar frente a la casa, sin más ni más.

Con los ojos aparentemente en el camino, aparentemente no más, pues toda la mirada se me iba al sesgo sobre la casa funambulesca, esperando verla crecer, crecer, o desaparecer de repente, o salir de ella a la mujer blanca, con ojos de mas allá y llamarme... Pero...!

Cuando quise pasar de refilón, salió al corredor de la casa la mujer negra.

Intenté correr.

Oí:

-¡Venga, niño! Mi señorita quiere adorar al Señor y darle su limosna.

Yo me hice el que no oí y seguí de frente.

La mujer negra, bajando del corredor, repitió la llamada.

Retrocedi. ¡Era la hora sonada!

El cielo estaba revuelto por nubes oscuras en motín.

Me dejé llevar de la mano por la mujer negra. Principié a

caminar como sobre grandes pelotas de algodón.

La puerta sólo soñada en pesadilla me tragó. Ya la noche parecía haberse metido en este rincón antes de hacer su ronda por el pueblo.

Yo apenas veía...

Una voz llena, serena, sonó:

-¡Pase por aquí niño!

Apenas me atreví abrir los ojos.

Una mesa llena de trapos y de muñecas a medio Hacer: Cabezas, brazos, polleras, moños y demás piezas anatómicas dispersas. Y del otro lado de la mesa unas manos largas, pálidas, y, luego, un vestido negro, y, más arriba, una cabeza de mujer. La mujer blanca: cara casi cuadrada, blanca, blanca; unos ojos negros, grandes, extáticos; una boca delgada, recta, lineal. La cabellera negra...!La muñeca más grande!...

-¡Permítame al Señor, niño!... Yo soy muy devota del Nazareno... Conocí a la madre de usted...! Yo le alcancé el altar portátil...

Ella sacó la efigie del Mártir... Besó sus pies en llaga, con su boca siempre lineal y sus ojos hechos también con puntadas de hilo negro...La voz, al devolverme la efigie, ya sonó como rota...

-¡Gracias, niño!... Tome su limosna... Pídale a su hermana que el Martes Santo ruegue por mí al Señor!... ¿Quiére que le regale este "santo varón" que acabo de hacer?

Yo no pude hablar

Salí sin esperar el regalo, como dando tumbos. La mujer blanca no era una bruja ni era un fantasma... ¡No!... Era peor que eso. Era frágil y sufría penas y esperanzas como tú, como yo; como todos los que no somos fantasmas, pero...!

Afuera, la noche había descolgado sus cortinas rotas por los jalones de todos los días y el cielo parecía como remendado. Las aristas del Períecaca brillaban en granate moribundo.

Yo corrí pálido, apretando bien contra mí al Nazareno.

Y el Lunes Santo de ese año, no más, murió la mujer negra, y pocos días después murió la mujer blanca, de pena; según dijeron en el pueblo.

Y la casa, un buen día, se desmoronó sola...

## CREPUSCULO SEPTIMO

### Mi tío Ricardo

De tiempo en tiempo me viene, con el recuerdo agraz y radiante de mi adolescencia, la sombra de un hombre cargado de años y de bondad.

Esa sombra es la de mi tío Ricardo. Una sombra, mas no un volumen; un gesto paternal, mas no un grito.

Esa sombra dibujó una viñeta al margen de mi niñez y de mi juventud; una viñeta más lírica que concreta, muy simple, pero con tintura imborrable.

Recuerdo que, desde muy niño mis gentes me dijeron que el tío Ricardo había sido mi padrino de confirmación. Así sería, aindamente, pero yo recuerdo también haberlo querido por su melancólica placidez, por su carácter parco y por su estar silencioso y recogido. Y ahora que devano mis visiones de antes, pienso que yo quería al tío Ricardo, porque era distinto a todos mis parientes, más quieto, más contenido, más hermético, pero cuánto más misericordioso y más miel de buen panal.

El tío Ricardo me quería a mí también, me quería más que a todos sus otros sobrinos... Me quería... me quería... ¡sabe el buen Dios por que!... Por un poco de compasión quizás... por el rezuma de su soledad... porque quien sabe vió en mí un niño alelado y titubeante... ¡Quién sabe porqué me quería!

Al tío Ricardo lo conocí cuando ya sus años necesitaban de bastón para seguir caminando. Pequeño, enjuto, un poco moreno, de barba entrecana y rala calvicie. Vivía solo. Vivía en una habitación que no sé si la arrendaba o se la daba algún pariente por el qué dirán. La habitación se abría hacia la calle más dramática de Huancabamba... Digo la más dramática porque es la calle "rajada", la que se está resbalando hacia el río, desde hace años y años; la calle que se sigue resbalando y que nadie sabe cuando acabará de resbalarse. Es seguro que, ahora, si es que aún está en pié la habitación donde pasaba sus noches y dormía el tío Ricardo, ya no estará al frente de la

casa que tuvo como espejo durante la vida de su único morador. Ya otra casa, que antes estaría más arriba, habrá caminado y estará al frente de la puerta que solía abrir sigilosamente el tío Ricardo, a cada amanecer, para arrojar el agua de su jofaina franciscana.

Mi tío Ricardo estaba pegado a la casa de mi padre. Pegado con levadura doble: la levadura del pan de cada día y la levadura del corazón... Lo veo así y lo siento así, ahora, con mis ojos acostumbrados a medir y a pesar las cosas con el termómetro y la balanza del tiempo y la distancia. Cuando muchacho no supe explicármelo nunca.

Mi padre era escribano público del pueblo y consultor público del pueblo también. Y mi tío Ricardo fué su amanuense años y más años. Fresca aún la mañana el tío Ricardo iba a esperar que mi padre abriera la Escribanía. Se saludarían a sordos refunfuñas, entiendo, que mi padre era otro gran silencioso también.

Todas las mañanas se las pasaba el tío Ricardo garrapatea que garrapatea minutas, bajo el dictado tajante e imperativo de mi padre, unas veces; y copia que te copia, otras veces, "testimonios" y "copias simples" para el señor Zutano, para el hacendado Mengano, para el Mandón cualquiera, o para el Timoteo de Pundín. o la Conseciona de Sapalache; ¡sábelo Dios!

Siempre callado, siempre calmoso, el tío Ricardo, no hizo mayor caso nunca de las cóleras de mi padre, y a lo sumo, cuando la borrasca amenazaba mucho, él se levantaba, guardaba sus anteojos venerables, agarraba su sombrero bien hormado y su bastón y se salía sin decir una sílaba... Y era seguro que después el desenlace se desencadenara en la casa, pues mi padre no se resignaba fácilmente a pasárselas sin el tío Ricardo, a pesar de las "malas ausencias" que alguna vez hiciera de él. Y es que no sólo se había acostumbrado a él, sino que lo quería entrañablemente también, pienso ahora.

El tío Ricardo no iba por las tardes a la Escribanía. No iba, porque las tardes las dedicaba a su esparcimiento personal. Y ese esparcimiento consistía en la libación de unas cuantas copitas de aguardiente de caña de Canchaque, famoso en la comarca.

Y para hacerla, sólo o en *muy* rala compañía, siempre se iba a una tienda de nuestra. misma casa, cerca de la Escribanía.

Recuerdo "como si fuera ayer", que siempre, cuando yo salía

de la Escuela, por las tardes, encontraba al tío Ricardo, sentado en la puerta de la tienda preferida, con su sombrero encasquetado, mudo y apoyando el mentón sobre las manos juntas que empuñaban el bastón... A veces lo hallaba dormitando... Y entonces lo despertaba, porque siempre tenía para mí algún envoltorio de Cjolosinas en uno de sus bolsillos... El escuchaba mis quejas pueriles y mis quisquillosidades de muchacho... Y siempre me consolaba con su "Ya verán"... o con algún medio en plata, que me resultaba de lo más reconfortante.

De la tienda, donde *muy* rara vez tomaba parte en el chismorreo y despellejamiento del "género humano", mi tío Ricardo se iba todas las noches -a prima noche- un poco tambaleante y adormilado, hacia su aposento, a través de una calleja, a veces transida de obscuridad y de silencio y otras veces con farol de luna y borboteante de muchachos gritones.

Posiblemente la gente de entonces - "familias" o no - no sabrían qué pensar del tío Ricardo, juzgándolo quizás un poco raro o un candelajón, como pintorescamente se calificaba en mi tierra a toda persona poco aficionada a los corrillos y a los "cuentos".

Se extrañarían de su persistente silencio, de su parquedad, de su ningún afán de hacerse el importante.

Llegó el día en que a mi padre se le ocurrió que ya tenía que mandarme a un colegio, a Piura o a Truillo, y uno de los nudos más indesatables se me hizo en la garganta cuando quise anunciarle al tío Ricardo la inminencia de mi viaje, para mí, entonces, tan monstruoso como inútil.

Al fin, no llegué a decirle nada... Además, ya lo sabía... Sólo recuerdo que la víspera de mi viaje, como de costumbre, lo busqué en la tienda consabida. El Sol ya no brillaba sino en rescoldos granates sobre las piedras llagadas del Pariacaca. Hallé a mi tío Ricardo más que nunca dormido, más taciturno que dormido quizás... (Luego supe que había llegado más callado que nunca y luego de sorberse una copa de aguardiente, se sentó en su sitio de siempre, a mirar la plaza primero y a dormir después, apoyado el mentón en las manos viejas y éstas en el viejo bastón).

Lo moví casi sin querer moverlo. Pero se incorporó ligeramente, y, metiéndose la mano en el bolsillo de costumbre, la sacó vacía y sin mirarme, me dijo con voz temblorosa:



-¡Ahora no tengo nada que darte, muchacho...!

Y, nada más!... Volvió a su postura de antes, y yo no sé cómo pude desprendeme del sitio y correr lejos...

Años más tarde regrese á. mi pueblo, y hallé al tío Ricardo "igualito"; aún que sí algo más envejecido y titubeante. Siempre iba a la Escribanía por las mañanas, pero ya desganado y arrastrando los pies. Por las tardes no iba nunca, pero sí se pasaba las horas en la tienda de antes, sentado en su silla, en su sempiterna actitud distraída y somolienta.

Yo, grandullón y colegial, con pretensiones y merendengues de señorito "regresado de la costa", y á pesar de eso, no dejé de verlo todos los días y estar siquiera unos minutos cerca de él en sus estáticas sentadas frente a la Plaza. Me quería como antes, más que antes, quizás, pero parecía como acobardado delante de mí, como si se sintiera inferior -¿inferior de que?, ¿inferior por qué? - pero siempre, con movimiento maquina, se llevaba la mano al bolsillo, y al sacarla vacía, avergonzado, me decía:

-¡Siempre me olvido de que ya no eres chico, muchacho!

¡Buen tío Ricardo!

Y, siempre en las noches - pero más temprano que en las noches de antes - se iba a su casa a paso tardo, tanteando las paredes con su bastón más despierto que él. Y algunas veces alguien lo acompañaba con miseradamente.

De nuevo, a otro mandato de mi padre debí partir del pueblo a "seguir los estudios"... para ser doctor!... Enraizado otra vez a mi pueblo y a mis gentes, tuve que obedecer, a pesar de los pesares.

Mi tío Ricardo, a quien sí le dije esta vez mi congoja, me confortó con voz trémula:

-¡Anda, no más, mocito, adonde te manda tu padre!... Anda... que ha de ser para tu bien!... Anda... y no te olvides de tu pobre viejo...!

Y me vine... Y ni volví... ni he sido doctor... tampoco...

Y mientras tanto, en el trejín de mi ausencia, un cierto día mi tío Ricardo, ya no fué a sentarse en la tienda de la esquina de la Plaza... Se había enfermado, y días más tarde, con pies ajenos, se fué al Panteón para siempre; al Panteón que él había mirado tánto y tánto, desde su silla todas las tardes, mientras la luz crepuscular se volatineaba y bordaba arabescos sobre las laderas del Pariacaca...

---

Años más tarde, distante yo de mi pueblo - en la doble lejanía del tiempo y la distancia, - me puse, cierta tarde de otoño, a morder este recuerdo en llaga, y al escribirlo, se fuá muriendo la luz fuera de mi aposento, sobre el jardín inmóvil.

Pero cuando mi mano, que parecía estar devanando télarañas de lágrimas, escribía:

"Y, mientras tanto... en el trajín de mi ausencia; un cierto día, mi tío Ricardo ya no fué a sentarse en la tienda de la esquina de la Plaza... "ví al través de la ventana florecer un agapanto y cómo se encendió, el cerro Chipítur, en telón de lejanía, con un morderé del otro mundo, precisamente a la hora en que allá lejos, en mi tierra, se estarían incendiando de crepúsculo las piedras llagadas del Pariacaca, a cuya falda seguiría durmiendo mi tío Ricardo, su último sueño largo!...

Y por su recuerdo y para su recuerdo salí y corté el agapanto recién florecido bajo ese crepúsculo de mayo, y ya con él cerca, seguí escribiendo estas remembranzas con las cuales tropieza mi pluma como mariposa ciega entre mariposas ciegas... .

Era niño entonces y era de noche  
Y era en mi pueblo serrano...

Los carbunclos danzan su ronda agorrera sobre el poblacho donde naci: un anfitearo de cerros picudos y pétreos; suelo rajado; cielo de granito; rio ronco y loco; Iglesia vigilante desde una ciclopea graderia de piedra, casas dispersas y acurricadas como fantasmas prontos a salir en procesión; plaza pedregosa, grande, grande, sorda, sorda, muda, muda; panteón rojo con cruces negras, y sobre todo esto el grito de “Cau”, agudo y mortal.

Cuando la noche ha dado su ultimo brinco desde los picachos de los cerros hasta el cielo y cuando las nubes se rompen y gritan...

Los carbunclos se encienden sobre las negras montañas del Ande cuando el sol está lejos y cuando rugen los truenos.

Se encienden y se apagan...

Se encienden y se apagan...

Y corren como perseguidos por el diablo.

... Y yo sentado en el pretil de mi casa tan grande, tan oscura, tan llena del miedo a mi padre...

NOCTURNO I

**Los luceros se pueden tocar**

Para mi hermana María Esther.

Acabábamos de jugar "El Angel de la bola de oro" y yo había sido del partido del "diablo de los cincuenta mil cachitos". Por cierto que éste resultó vencedor como de costumbre. Esa noche, además, los "diablos" fuimos bastantes por que el "Angel" era del barrio "de abajo".

Sudorosos, cansados de gritar y de correr, casi todos los chicos se dispersaban, pues el reloj de la Iglesia había dado ya las ocho y cada cual temía la súbita presencia de su mamita o de su hermano grande.

Sólo nos quedamos cuatro, sentados en el pretil de un corredor.

La calle estaba oscura, oscura. Sólo un farol en 19. esquina próxima -unos cincuenta metros hacia abajo- bien me acuerdo de que mas parecía una luciérnaga, pues se apagaba y se encendía, se apagaba y se encendía.

El cielo estaba lleno de estrellas. Un gran lucero brillaba sobre la cresta del cerro Pundín.

-¿Se podrá tocar ese lucero desde el cerro? preguntó Eustaquio, el menor de los cuatro, un chico de ocho años, enfermizo, que todavía no iba a la escuela.

- ¡No seas, zonzo Eustaquio! dijo el mayor de nosotros, Juan del Carmen, el hijo del Recaudador, que ya quería usar pantalones largos y fumaba cigarro. -El maestro dice que el cielo está muy alto y que nadie puede alcanzarlo.

- Yo creo que sí se puede tocar el lucero, dije yo. El maestro no sabe nada. Mi papá se lo dijo anoche al subprefecto. Y sino, mejor es que se lo preguntemos al Quitarío, que es de Pundín y él sí sabrá si se puede tocar el lucero.

-¡Otro zonzo! ¡Qué vá a saber el Quitarío si es un cholo que no sabe leer siquiera! El maestro tiene tanto libro y mi papá dice que es bien inteligente. Recibe tantas cartas de Piura, insistió Juan del Carmen, golpeando con rabia el pilar.

-Y el alcalde conversa mucho con él. Siempre van juntos al Billar, ¿no los han visto?, agregó Fulgencio, un muchacho grandullón con cara de papanatas.

-Bien de mañanita voy a ir a tu casa pa que le preguntemos al Quiterio, me dijo a media voz Eustaquio, el muchacho que quería tocar el lucero.

-¡Bueno! ¡bueno! le contesté.

-Yo se lo voy a preguntar ahorita mismo al señor Cura, que ha de estar en mi casa jugando fusilico con mi papá y mi padrino, añadió colérico Juan del Carmen.

Una puerta chirrió a nuestras espaldas. Una faja luminosa se tendió como puente sobre la calle, hasta el otro pretil.

-¡Fulgencioooo! Fulgenciooooo...!

-Aquí estoy mamita, barboteó Fulgencio, levantándose.

-¿Qué no piensas dormir, ahora? Espérate no más!

-¡Ya voy mamita!

Fulgencio se fué. La puerta se cerró detrás de él y la calle se quedó negra. El farol se había apagado ya.

-¡Vámonos!, dijo Eustaquio, sino me va a "tratar" mi papá.

-¡Vámonos!

Y los tres nos fuimos bien agarrados del brazo. Eustaquio iba en el centro. De repente se tropezó y al incorporarse alzó la cabeza.

-¡Mira, ya no hay el lucero! dijo afligido.

En verdad, el lucero ya no estaba. Estaba sí el cerro Pundín-títán negro acostado y de uno de sus picachos salía una miriada de estrellas chiquititas como si fuera el vaho del gigante-, pero el lucero no se veía ni más arriba, ni más abajo, ni a la derecha, ni a la izquierda.

-¿Qué se habrá hecho? interrogó Eustaquio. Juan del Carmen no dijo nada.

-¿Quién sabe se lo habrá comido el cerro! La Peta me ha contado que por allá por la jalca, hay cerros que se comen las estrellas, dije yo... Y ya estábamos en la puerta de mi casa. Yo procuré entrar de refilón sin que me vieran.

-¡Que no te olvides de preguntarle "eso al Quitetrio, me gritó con voz opaca Eustaquio.

-¡Bueno!

Esa noche soñé que me había ido al cerro Pundín con

Eustaquio y que ya obscuro, trepado en la punta más alta, quise agarrar el lucero que se veía tan grandazo como del pueblo la luna y al ir acogerlo me cai y rodé, y ya no ví nada... Desperté debajo de la cama.

Cuando me estaba levantando oí que mi madre, conversaba, afuera, con mi tía Mercedes:

-Ya sabrás que el Qiterio se ha huido, Esos cholos son así. Dicen que se ha ido a la Provincia.

-¡Ya volverá! dijo mi tía Mercedes.

-Ni creas, contestó mi mamita.

Y el Qiterio no volvió. Al irse a la Provincia no más, se había ahogado en el río Huarmaca.

Y Eustaquio y yo creímos siempre que subiendo al cerro Pundín no podían tocar los luceros.



NOCTURNO II  
Eclipse de luna

Para Néstor Alegría.

Era niño entonces,- ¡cuán lejos va quedando eso, Señor!- y era de noche y era en mi pueblo serrano.

Habia comido alborotadamente y escapádome sin rezar el Bendito para Jugar en el corredor de mi casa con varios muchachos.

-¡A la noche hay luna!, me dijeron al salir de la escuela, y yome prometí corretear y gritar más que de costumbre, porque la luna me ponía alegre y travieso.

Cuando salí ya estaban mis compañeros jugando en la plaza al "frío caliente".

El cerro Periacace alzaba su mole trágica más allá de la plaza, con su cresta roma y negra. Sobre él, apenas unos dos metros sobre él, brillaba la luna, muy redonda, muy grande y muy clara. Con su luz blanquisina, el cielo semejava un enorme diamante. Parpadeaban muy pocas estrellas. Sólo, un lucero remoto, encendía por el Poniente, su lámpara votiva. Una cabalgata de nubarrones corría piafante sobre los cerros del sur, bajos y plácidos. Sus crines revueltas parecían ovillas enredados de hilo de plata. La plaza tan grande, tan grande, estaba callada y sin faroles. Una sombra espesa borraba las casas del frente y las del costado opuesto a la iglesia. Un cuadrilátero de la plaza, la iglesia sobre su gradería de piedra y la hilera de casas que terminaba en la mía, eran bañadas por la luz blanquiazul de la luna. Las paredes ya no parecían de yeso sino de mármol azulado. Las piedras de la plaza y uno que otro charquito de agua despedían destellos efímeros como fuegos fatuos.

La cabalgata de nubarrones se veía encaramada a lo largo de la iglesia, y como partía desde el campanario, a mí me daba la impresión de que saliera de él, azuzada quién sabe si por San Miguel, el de la espada flamígera, que aprovechaba la noche clara para dar con sus huestes una batida más al Diablo.

Las risas de los muchachos y el lejano roncar del río, que parecía dormir en mala postura, eran las únicas voces bajo la luna.

-¡Oye tú! ¿Qué te has vuelto santo de palo? me gritó el más estrepitoso de los jugadores.

-Es que miraba la luna ¡Qué grande está! ¿Te has liado?

-Claro que la he visto, **pero** por eso no me vaya quedar quieto y con cara de zongo como tú, ¡vamos a jugar! ¡Eso es mejor! Ahora sí que les ganamos a los de Chalaco, ¿no crees? ¡Vamos! ¡Vamos!

-¡Vamos pues!

Y me metí en el torbellino del juego como una tromba más. Carreras, chillidos, golpes, tropezones, risotadas, insultos. Pausas breves y silencios forzados a cada "Juan, que vengas, te llama mi mamita" -"Pedro, Pedro, ya es hora de acostarse" -"Niño Miguel dice su papá que vaya pronto" y otra vez a comenzar: carreras, chillidos, golpes, tropezones, risotadas, insultos.

La luna se iba alzando alzando sobre el cerro Pariacaca y la sombra huía a traspiés lentos.

De repente los perros se pusieron a ladrar con furia, como cuando ven "muertos". -Sus aullidos interminables y escalofriantes perelizaron el juego. Nos quedamos callados y amontonándonos en torno del más grande. Alguno se fué corriendo a su casa.

-¡Guau! ¡Guaaaaaaaaaaaauuuu!

¡ Guaaaaaauuu!

¡ Guaaaaaauuu!

De improviso todo se oscureció. Ya no vimos la plaza, ni la Iglesia, ni la luna, ni las casas, ni nada.

Y arreciaron los aullidos:

¡Guaaaaaauuu!

¡Guaaaaaauuu!

¡Guaaaaaauuuuuu!

¡Guaaaaaauuuuuu!

¡ Guau! ¡ Guaaaaaauu!

¡ Guaaaaaauuu!

Todos nos echamos a correr despavoridos. Yo me metí en mi casa loco de terror.

Me refugié en las faldas de mi hermana mayor, que temblaba también y decía:

-¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo Inmortal!

Mi padre enfurruñado la increpaba:

---

-¡No seas tonta, mujer! ¿No sabes que esto es un eclipse de luna? ¡Vaya una zonzera!

-¡Virgen de los Dolores! ¡protégenos! decía muy bajo mi hermana.

-¡Vamos a dormir! farfulló la voz colérica de mi padre y me tomó de la mano.

-¡Acuéstate, pronto! me gritó ya en el dormitorio.

El temblor de todo el cuerpo apenas me permitió desnudarme.

Mi padre apagó la luz.

Yo, con los ojos desorbitados, quise gritar y no pude, quise pedirle que encendiera la vela y no pude tampoco.

Afuera sonaron más lúgubrementes los aullidos de los perros:

¡Guaaaaaauuu!

¡Guaaaaaauuu!

¡Guaaaaeauuu !

Me tapé la cabeza para no oír.

Un último alarido ululante:

!Guaauu! ¡ Guaaaaauuuuu !

Que llenó el cuarto y el mundo, me dejó inerte.

NOCTURNO III

Las "Candeladas" de San Juan...

Para Samuel R. Mendoza.

¡Las alegres "candeledas" de las vísperas de San Juan!

Las alegres candeladas que ya no veía hace toda una vida, vuelven a encenderse ahora en la plaza de mi pueblo... Y yo que me había olvidado de ellas...! Los rimeros de leña alineados en cubos en todo el contorno de la plaza cómo crepitarán y brillarán a esta misma hora en que me arde la nostalgia pecho adentro; como crepitarán y brillarán...!

Y yo que me había olvidado de las alegres candeladas del Señor San Juan, como si hubieran sido un sueño, no más ¡Pobre de mí...!

Por entre el rescoldo de mi memoria envejecida fuera de mi pueblo, salta el chisporroteo de las candeladas de mi infancia, cuando el Señor San Juan gustaba que lo festejaran así, con fuego, bajo el impasible y lejano brillar de las estrellas...

Cómo se encienden y crepitan, con hervor de bronce y de oro chisporroteante, las alegres candeladas de mi pueblo! ¡Y el Señor San Juan sonrío a los niños y a los campesinos!

Saltando y palmoteando de gozo, un primo y yo miramos las candeladas del Señor San Juan desde el corredor alto de mi casa.

-¡Hay tantas candeladas este año...! Más que el año pasado... ¿No te parece?

-Vamos midiendo, sino, los pasos que hay de una a otra... ¡Ya!... Uno... Dos... Tres... Cuatro... ¿no ves?... El año pasado... estaban más lejos...!

- ¡Ahora sí que está bueno!

-¡Claro, hombre, si el mayordomo es Don Gumercindo, el hombre platudo de Jicate!

Bajo el palio estrellado que pende sobre el pueblo, prendido a los picachos de los cerros, la plaza se ilumina con las llamaradas de

los leños, y una alegría indómita nos hace gritar a los muchachos... Mientras, los indios de la campiña y los poblanos se sientan en los pretilos de las casas a rumiar sus recuerdos y a cantar su borrachera, sin notar que las llamas de las fogatas caricaturizan sus sombras sobre los muros enyesados de las casas.

La banda de músicos toca una diana y yo brinco y brinco, y pienso que si me aventaran a las candeladas no me quemaría.

-¡Oye Teodomiro ¡Vamos aventándonos a las candeladas!

-¡No seas tonto! ¿y si nos quemamos?

-¡Qué nos vamos a quemar!... ¿No ves que ahora es la noche de San Juan?

-Lo que es yo no me aviento ni por nada!

Y como mi primo no quiere, me quedo mirando las fogatas, no más...

Teodomiro me arrastra trás una banda de chicos gritones.

Los cohetes de arranque estallan, lucen en el aire y luego se convierten en una lluvia de estrellas verdes, de estrellas mordorés y de estrellas color de plata...

La iglesia muy llena de sí misma como las indias cuando recién seponen su rebozo nuevo y su sombrero lleno de cintas, recorta su silueta sobre el telón oscuro del cielo... Su puerta se señala por una claridad amarilla... Yo sé que, allá adentro, el Señor San Juan estará vestido de fiesta y fastidiado de que en vez de besarle tanto los pies andariegos y de ponerle tantas y tantas velas no lo dejen salir a ver las "candeladas" y a correr por montes y collados, a él, que tanto le gustó andar y correr, antes de que lo metieran en el altar... ¡Yo no voy ahora a la Iglesia!... Tendría que tener pena de San Juan Mejor iré mañana con mis hermanas!... Ahora está más bonito, aquí afuera, en la plaza... ¡uy, las candeladas!... si parece que heblén y hacen gestos!... Me junto, por último, a cuatro muchachos alborotados.

-¡Vamos bailando!

-¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Bueno!

Y cogidos de las manos nos ponemos a danzar en torno a cada candelada...

Este es el juego de los "caraguacayes"... y zumbamos como los "caraguacayes" en círculos concéntricos... Y las fogatas se ponen cada vez más blancas, se estiran, culebream, se aplastan, parecen

querer apagarse, y otra vez crepitan, y otra vez vuelven a subir... Y los "caraguacayes" zumbamos y bailamos entre los gritos y risotadas de los otros muchachos y de los indios, que también bailan agitando sus ponchos oscuros, mientras suenan las flautas y tamboril es, que han venido por laderas y caminos este mismo atardecer...

Cansados, al fin, los caraguacayes, caemos rendidos sobre las piedras de la plaza.

Se eleva un globo blanco y rojo... Revientan unas avellanas... La banda toca una marinera... Golpeamos ras palma alocadamente...

-¡Mañana si que me pongo mis zapatos nuevos de cordobán!

-¡Adió, pero si no tienes vestido nuevo!

-Ni tú tampoco...!

-Yo sí, grita el hijo del comerciante...

Y los "caraguacayes" nos ponemos tristes.

Las candeladas ya se han convertido en montones de brasas rojas... Se eleva otro globo azul y amarillo... La banda toca un yaraví... Un indio borracho canta una cumanana... Y yo me pongo triste porque no tengo vestido nuevo para ir a misa de mañanita.

Echado como estoy, palas arriba, veo brillar sobre los cerros lejanos unas fogatas, las mismas alegres fogatas de San Juan; y me río y grito:

-El año que viene sí tendré vestido nuevo, y zapatos nuevos y sombrero nuevo, ¡catay!...

Y mientras las brasas de las "candeledas" se van apagando, apagando, deshechas en rescoldo ceniciento, arriba en el cielo, por orden del Señor San Juan, se encienden tantos y tantos luceros blancos...

NOCTURNO IV

Tres golpes en la puerta

Para Santiago Pereda.

Han llegado las viejas tías y sus hijas y sus sirvientas.

La sala está que no cabe de mujeres con trajes almidonados.

La lámpara, colgada del techo por triple cadena, que sólo mi hermana mayor sabe encender, ilumina la escena.

Un sofá duro y venerable y unas sillas de brazos, corridas a lo largo de las paredes, sufren los crujidos de los fustanes de las viejas tías arrebuajadas en sus pañolones y de sus hijas y de mis hermanas mayores, que ya van también para viejas tías.

Sobre la mesa obscura hay tropel de tazas y un "charol" con tortas calientes.

El reloj de pared, que tiene una palomita que canta al dar las horas, hace tic tac, tic tac.

Mi padre se pasea en el corredor del patio, callado, fumando sus cigarros de tabaco de Jaén.

Los muchachos y los sirvientes hemos sido mandados al "traspatio" a hacer que hierva pronto la "guayusa" y el "culén". Yo me he quedado adentro con la esperanza de que la tía Carmen o que la prima Genibera me cuenten un cuento de esos tan bonitos que ellas saben.

Las viejas tías conversan de los chismes del pueblo, mientras lían sus cigarros en papel San Lorenzo.

Las primas y mis hermanas apuntalan la conversación.... Cuchicheos... Muecas de desdén... Palabras cortadas... Risas sordas.

Me aburro... Bostezo...

Al fin se enteran de que yo estoy allí todavía.

La tía Rosita dice:

-¿ y qué hace aquí este mocoso?

-Anda afuera!

-Vaya gustarle estar entre la gente grande!

- ¡Anda afuera!

Y salgo al traspatio.

En torno del fogón, sobre el que hay dos tachos grandes, se apelonan mis hermanos chicos y los sirvientes.

Se juega a la "gallina putujada" y yo me pliego.

La noche está tan oscura que da miedo.

La puerta de la sala se abre. Una voz dice, imperiosa:

-¿Qué todavía no hierven esos tachos, Ramona?

- ¡Todavía no, niña!

-Déjate de conversar y sopla la candela!

Y los tachos hierven y todos nos vamos a la sala, siguiendo a la china Ramona, en procesión.

Principian a circular las tazas de "guayuzá" y de "culén" humeantes, entre las gentes enmantadas. Mi padre, desde afuera, sin dejar de pasear refunfuña por la bulla.

Yo, muy comedidamente voy de acá para allá con el "charol" de tortas calientitas.

Tac ... ..

Tac ..... ..

Tac ..... ..

Suenan tres golpes secos en la puerta que da al traspatio y, súbitamente, todos nos quedamos mudos y quietos.

La tía Carmen pregunta:

-¿Quién es?

Nadie contesta.

Yo suelto el charol y corro a refugiarme cerca de la prima Genibera.

Mi padre sigue paseándose en el corredor.

La tía Rosita se repone y dice con voz chillona:

-Si no es nada! Ya la "quayuzá" se enfría.

Renace el movimiento, pero nadie se atreve a hablar y todos los ojos se empeñan en mirar hacia la puerta que da al traspatio.

Y otra vez:

Tac...

Tac...

Tac...

Los chicos damos un grito unánime... Las tías se santiguan...



Las sirvientas corren a los rincones... Las primas y mis hermanas se apelotonan cerca de las viejas tías... Mi padre se asoma, sorprendido a la sala.

¿Que pasa? pregunta

Nadie le contesta

Yo me agarro a la cintura de la prima Genibera.

Mi padre entra y mira con gesto agrio.

Y otra vez:

Tac...

Tac...

Tac...

Gritos... Carreras...

- ¡Madre mía del Carmen!

-¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! ¡Santo Inmortal!

-¡Virgen Santal

-¿Qué se han alocado? grita mi padre colérico.

Ya no me acuerdo de lo que pasó después.

Al día siguiente llegó la noticia de que en Palambla había muerto la noche anterior un tío lejano llamado Prudencio.

Y la tía Rosita dijo:

-Esos golpes han sido de Prudencio, que, seguro, vendría a "recoger sus pasos".

## NOCTURNO V

### La mano negra

Para el Espiritu errante de Cesar Vallejo.

- ¡Chis...Schiss!... Schiss...

¡Silencioooooo...¡

La tía Carmen, envuelta en su pañolón oscuro, se asoma a la puerta de la cocina.

-¡La enferma se ha puesto muy mal! ¡No hagan bulla!

La luz del candil sólo alcanza a alumbrar la nariz picuda de la tía Carmen.

El silencio es absoluto. El chisporroteo de la leña verde lo interrumpía de vez en cuando y hacía más profunda la oquedad del callejón.

Desde afuera llega un exterior.

-¡Ay... ¡Ayaaaay!... ¡Aaay!

La tía Carmen se estremece y con el índice en los labios desaparece, haciendo sonar sus fustanes almidonados. Al irse cierra la puerta suavemente.

Todos nos quedamos con los ojos fijos en la puerta. Al través de sus rendijas se cuele un nuevo quejido, que parece remoto.

-¡Ay!... ¡Aaaaaay!... ¡Ayayay!

La leña crepita, crepita, crepita...

Nuestras miradas pasean de la puerta cerrada al fogón.

Una pausa larga... larga... larga...

Pávidos nos miramos unos a otros y estamos a punto de gritar.

La Ramona, con su cara fofa, parece una rana a la que estuvieran aplastándole la panza, está arrimada a la pared y las llamas del fogón sólo le iluminan la cabeza de antropoide. A Desiderio, un cholo viejo, sólo se le ven los pómulos salientes y lustrosos.

La Candelaria, próxima al fogón, me tiene en sus faldas: Yo le veo sólo el mentón redondo y a ratos los ojos zahoríes le brillan con reflejos metálicos. El resto del cuerpo se pierde en las tinieblas.

---

Nos apelotonamos más cerca de las tullpas.

La puerta chirría una segunda vez.

-¡Ramona!... ¡Ramona!... ¡Alcánzame el tacho!

Es la tía Carmen que habla con voz atropellada.

La Ramona, desmadejada, se levanta, agarra el tacho y se pierde en la obscuridad.

Al cerrarse la puerta un quejumbre se desdobra a lo largo de las negras paredes de la cocina:

... aaaayaay¡

-¡Aaay...!

Y luego todo queda callado y quieto. El candil se apaga. La leña ya no chisporrotea.

-¡Mamita de los Dolores, cúrala a mi niña¡ dice la Candelaria en voz muy baja.

Mi hermana principia a llorar y yo, trémulo, doy un grito sordo.

-¡Cállese niño! Dice la Candelaria arrulándome.

Se abre la puerta de nuevo. La Ramona va a sentarse en un rincón. Tiene la cara crispada y los ojos acuosos.

-¿Cómo es que sigue la niña? Pregunta el Desiderio.

La Ramona se tapa la cara y se pone a sollozar.

La lechuza vuelve a cantar sobre el techo.

Dos lágrimas de la candelaria me cae en la cara y me pongo a temblar. Se me hace un nudo en la garganta.

Chirría levemente la puerta. Pasa un momento y nadie llama. Entonces el Desiderio, enciende el candil y se levanta, diciendo:

-¡Señora Carmencita! ¿Qué quiere usted?

La luz del candil se proyecta sobre la puerta. Esta cerrada, bien cerrada. Pero una mano negra sale, no sé como por la rendija central. Se cierra y se abre como llamándonos...

Yo doy un grito. Mi hermano se prende del Desiderio. La Candelaria y la Ramona se tapan con sus rebosos, aterradas. El Desiderio suelta el candil y todo queda a oscuras.

De afuera llega, arrestrándose un quejido...

A... a... a... a...y!

Luego hay una breve pausa.

Se oyen detrás de la puerta carreras y llantos.

La Candelaria me aprieta contra su pecho.

---

¡Yo me desmadejo en sus brazos.

## NOCTURNO VI

¡Cau! ¡Cauu...!

Caballero en un jamelgo zaino un poco lerdo, partí del pueblo al mediar la tarde.

Los muchachos salían ya de la escuela. El señor Cura en ese momento abría la puerta de la iglesia. En la casa de doña Maco acababan de sacar la última hornada de "molletes". El subprefecto, el Recaudador, Don Manuel el boticario, el forastero (nunca faltaba en mi pueblo un forastero) comenzaba a reunirse en la botica para "componer la patria" y desollar al prójimo, entre cada dos tragos de cañazo.

Grandes cúmulos por el lado del Sónдор eran el único adorno del lienzo ezulisísimo, pulido y abovedado que cubría el pueblo. Acababan de dar las tres el reloj de la iglesia, un reloj llegado de la costa y que constituía la maravilla de todos los poblanos, porque daba "prevenciones".

Al llegar a las últimas casas me salió al encuentro un amigo.

-¿Dónde bueno, hombre?

-Me voy a Cabeza!

-¡Bájate un momento!

-No, hombre, que ya se va haciendo tarde.

-¡Bah! ¡bah! Si Cabeza está cerca.

Me bajé. Nos sentamos en el corredor. Y hablamos de las podridas tonterías del pueblo.

La casa estaba al borde de una hoyada profunda, llena de matorrales. Al frente quedaba el panteón, en mitad de una colina roja, y sobre ésta se alzaba el cerro Pariacaca, rojo también.

-Por allí canta el "Cau", dijo mi amigo señalando el hondón más remoto de la encañada.

¿Por dónde?

-Por esa angostura que se tiene que pasar para ir al panteon.

-¿Y qué sucede cuando canta el Cau?

-Que uno se detiene de repente, que aunque quiera correr se

queda quieto, que aunque quiera gritar se queda mudo y que los pelos se le "páran".

-¿ Y el Cau se deja ver?

-No. Nadie lo ha visto, porque siempre sale de noche.

-¿ Y tú lo has oído gritar?

-**Yo** sí varias veces. La primera tuve mucho miedo. Por eso mejor será que te quedes aquí hasta mañana. Con la "fresca" puedes irte.

-Es imposible. Debo llegar hoy mismo a Cabeza.

-Mira que ya es tarde y el caballo que montas es pajarero.

-Pero no puedo demorarme, te lo aseguro.

-¡Entonces, buena. suerte!

-¡Gracias! ¡Hasta la vista!

Y piqué a mi caballo. El tomó por un camino cercado de pencas y espinos hasta el cual ya había subido la noche.

Las últimas luces de la tarde esmaltaban la cumbre roma del Cerro Colorado, sobre el cual una nube cárdena con reflejos verdes iba desgarrándose como si fuera un brocado viejo.

El caprichoso juego de los tintes crepusculares me hizo olvidar que iba de viaje.

Cuando ya la sombra había dado su brinco diario de la cresta del cerro hasta el cielo, me acordé del camino, de la quebrada, y sobre todo de que era ya de noche. Miré hacia abajo. Por lo pronto, no distinguí nada. El camino estaba negro. Los magueyes parecían dedos misteriosos, que, en la penumbra, cobraran vida.

Un perro aulló muy cerca.

Mis ojos, acostumbrados ya a la obscuridad, distinguieron el contorno del paraje.

Al frente una mole enorme y negra tapaba todo el horizonte. Era un cerro que subía y subía hasta una estrella pequeñita. El cerro tenía voz: una voz profunda y ululante, que se iba haciendo más alta a medida que mi caballo bajaba sacando chispas de las piedras del camino.

Envuelto por la voz del cerro, que parecía llamarme a gritos, sentí que la cabeza se me volvía pesada y que en la garganta se me hacía un nudo mortal.

Y como un relámpago pasó por mi cerebro la idea horrible: ¡Es

el Cau... el Cau...!

Y ya no ví nada. Ni oí nada.

Recobré el sentido cuando alguien me bajaba del caballo.

-¡Bájese "amito"! Mejor será que duerma usted aquí, ya es muy oscuro, amito. Y me dejé bajar.

Me senté en un poyo. Una mujer tendió un pellejo cerca de la puerta de la cocina.

-¡Aquí está más blandito! ¡Venga usted p'acá!

Pero la voz del cerro, ronca, trémula y bramadora lo llenaba todo.

-¿Qué es eso que suena?

-Es la quebrada que está llenando, mi señor!

-En la tardecita ha luvíu por el alto y por eso está brava,

El dueño de la cesa, el indio Desiderio, ahijado de mi padre, se sentó frente a mí, sobre una piedra.

Su mujer, la Rosario, se metió a la cocina y desde adentro me preguntó:

-Tomará usted alguna cosita mi amito! Aunque seya "canchita"!

- ¡Gracias Rosario! No te afanes!

Cuando comenzaba a encontrar blando el descanso y tierna la acogida, afuera la quebrada gritó como si alguien la hubiera asustado.

El Desiderio tembló un poco debajo de su poncho.

Y se oyó un alarido opaco y aterrador que salía de la hondonada.

-¡ Caauuuuu !

-¡ Caaaauuuuuuuu!

-i Caaaaaaauuuuuuu !

Con los ojos muy abiertos y trémulo miré a Desiderio.

Tenía la cara contraída por un gesto de espanto mal reprimido.

Con un dedo sobre los labios se levantó, cerró la puerta y volvió a sentarse con la cabeza baja.

El viento sollozaba en las rendijas,

La Rosario se asomó a la puerta de la cocina.

Un nuevo alarido hizo temblar los cerros.

-¡ Caauuuuu !

-i Caaaauuuuuuuu!

-¡ Caaaaaaauuuuuuu!

Yo me dejé caer sobre el pellejo.

La Rosario se acurrucó junto a su marido.

Desde el techo de la casa bajó el último grito:

- ¡ Caaaaauuuuu!

La candela del fogón se apagó, y fuimos agarrotados por las garras uñosas del miedo y por las ligaduras ásperas y opacas del silencio,

NOCTURNO VII

La Procesión de las Animas

Para Carlos Camino Calderón.

Fué una noche después de la merienda frugal sellada con el "Bendito". Yo me sorbí la sopa íntegramente, porque la vieja tía Santitos, desde su asiento, me dijo:

-¡Toma la sopa; sinó, me voy a la calle y no hay cuentos! Con la misma promesa fui dócil para varios mandados.

Después de ellos encontré ya a la vieja tía Santitos, rodeada de mis hermanos y de los sirvientes en su dormitorio sin luz, sentada cerca de su cama. La lámpara de la sala aventaba una claridad cuadrilonga hasta la mitad del aposento. Lo demás quedaba negro.

Abrí "campo" hasta llegar a las faldas de la tía Santitos.

-Esta noche voy a contarles el cuento de "Blanca Nieve".

-¡No tía, ese ya lo sabemos; mejor otro, dijo Carmen.

-Sí, mejor otro nuevo, agregó Juan Manuel.

La tía se movió en su silla, incomodada. Dijo:

Entonces voy a contarles el del "gallinacito pelado".

-A ver, a ver, berboteó Samuel mi hermano menor.

-¡No seas zonzo muchacho! lo increpó Carmen. -Ese no es cuento y la tía Santitos lo hace para engañarnos.

¿Qué dices mocosa?

-¿Por qué no nos cuenta "penas", tía? ped

-Eso no, porque luego van a tener miedo.

El clamor fué unánime.

-Sí tía, mejor cuente "penas".

-Sí tía, mejor cuente "penas".

La tía Santitos se arrebujó más en su pañolón flechado, puso los pies sobre un taburete, tomó su rosario y con voz rajada y pegajosa comenzó:

-Voy a darles gusto, pero hay que estarse quietecitos.

Hubo un movimiento concéntrico en torno de la tía Santitos.



-¡Ya, tía, principie!

La vieja tía Santitos se envolvió más en su paño, carraspeó y habló poquito a poco.

-Han de saber ustedes que todos los Domingos, a media noche, los muertos se levantan de sus sepulturas... (mi hermanito menor se agarró fuertemente a mi brazo)... se juntan, encienden velas con la luz de las luciérnagas, se ponen en fila y vienen a recorrer el pueblo... (Rosita ahogó un grito. Juan Manuel le dió un pellizco y ella le devolvió un manotón).

-¿ Y qué más tía?

La tía se sonó las narices con su pañuelo sin fin y siguió, entre bostezos:

-¿Dónde me quedé?

-Que los muertos vienen p'acá, tartajeó Rosita.

-¡Ah, ya me acuerdo!... El que camina delante, toca una campanilla así: din...din...din...din. Sólo la oyen los muchachos desobedientes... (Sernuel se puso a temblar)... Los muertos pasan cerca de las puertas y ventanas... Y si ven que alguien se asoma entonces le dan una vela y le dicen que la guarde hasta el lunes siguiente... y pasan uno trás otro *con* sus camisas blancas...

Se oía un sordo castañeteo de dientes. Samuel sollozaba.

La tía Santitos se puso a roncar.

Yo pregunté gagueando:

—¿ Y... y... de... de... a... hí?

Juan Manuel preguntó por su cuenta:

-¿ Y usted los ha visto tía Santitos?

La tía Santitos se agitó en la silla y dijo *con* voz tan tertajosa:

-Yo no los he visto, muchacho, pero he oído contar a muchas personas formales desde que era muchacha...

El movimiento concéntrico estrechó sus anillos en torno de la vieja tía Santitos.

Hubo pausa... Samuel parecía amodorrado.

La tía Santitos se puso a roncar otra vez.

Juan Manuel la movió,

—¿Y qué más, tía?

-¿Qué quieres mocito?

-¿Ahí no más se acaba el cuento, tía?

-¿ Y después que pasan los muertos, tía?

La tía bostezó largamente y con voz haragana añadió:

-Los muertos van hasta la Iglesia... y de allí... se regresan al panteón... y cuando cantan los gallos... apagan sus velas... y se meten a sus sepulturas apurados.

-¿Y las velas que reparten, tía? preguntó Carmen.

-Eso les vaya contar, dijo bostezando por undécima vez. Yo tenía una amiga muy malcriada y curiosa... una noche que no quiso rezar no pudo dormir... y al pasar la procesión de las Animas se asomó a su ventana... (todos nos apretujamos, pávidos)... Intentó esconderse y no pudo... Se le acercó un muerto, le dió una vela y siguió... (Rosita se santiguó lloriqueando)... Miedosa, volvió a su cama y al mirar la vela vió que no era vela, sino una canilla de muerto... Dió un grito y cayó echando espuma... Cuando su mamita fué a verla ya la encontró muerta.

Las últimas palabras de la vieja tía Santitos se perdieron entre los gritos ahogados y el castañeteo de dientes de todos nosotros.

Hubo alboroto grande en la casa. Mi padre llamó "vieja loca" a la tía Santitos. Rosita se "privó". Yo quedé asustado por mucho tiempo, me enflaquecí extremadamente y tuvieron que sobarme con la "yerba del espanto".

NOCTURNO VIII

La Viuda

Para el Espíritu Errante de Abraham Valdelomar.

Una Noche de Cuarto Menquante... Los faroles se habían apagado ya... Los cuernos amarillentos de la Luna despuntaban detrás de un cerro... Las casas eran como hileras de grandes piedras negras... Mediaba la noche... Un perro campesino aullaba lejos... lejos.

Yo volvía a buscar un remedio urgente y tuve que pasar por un callejón estrecho. Allí el negror era pesado y punzante... Principié a correr, por más que una fuerza extraña me trababa las piernas...

Al voltear una esquina, una sombra de mujer se levantó como si estuviera esperando mi paso... Iba vestida de negro y le sonaban ásperamente los fustanes almidonados... Creí que quería hablarme y no lo hizo... Volví la cara hacia atrás para mirarla... Ya estaba cerca... Los ojos le brillaban como los ojos de los gatos, fosforecentes, con chispazos rojizos y verdes... La manta negra le contorneaba la cabeza y el torso... Tuve miedo y eché a correr otra vez...

... Pero apenas pude avanzar...

... Detrás de mí oía el frú frú de los fustanes de la enlutada...

Los cuernos de la luna estaban amarillos y parecían de papel porque no alumbraban nada...

... Volví la cara otra vez... La enlutada estaba más cerca y había crecido cuánto... Quise gritar... Y quise correr de nuevo... Pero, ¡nada!... Los pies me pesaban como un quintal de plomo...

Tenía la lengua pegada al paladar... Los ojos se me querían saltar...

¡Y mi casa tan lejos todavía...!

¡Frú!... ¡Frú!... ¡Fru!...

Y mil esponjas de algodón frío, frío, frío, me untaban el cuerpo...

Yo quería correr... correr... correr...

Y siempre a mis espaldas...

Frú... Frú... Frú...

Una última vez volví la cara...

La enlutada había crecido tanto, que su cintura estaba al nivel de los techos y su cabeza quedaba altísima... Los ojos le brillaban como el Carbunclo del Guitillgún las noches de tormenta... Los cuernos de la Luna le servían de aureola... No caminaba... Se deslizaba no más...

Hacía tanto frío... Y tanta negrura... Y tanto miedo...! Me quedé clavado en el suelo... Mudo... Viendo cómo la enlutada crecía... más... y más... y más... Hasta que se topó con el cielo.

... Su cabeza tapó la luna... Y sus ojos se hicieron grandes... grandes... grandes...

Abrió su inmensa manta oscura...

Y el pueblo se fué derritiendo como una bola de cera negra...

Y ya no quedó nada...

Y ya no oí nada .

NOCTURNO IX

El "Bulto Blanco" y el Gato Negro

Para José Alfredo Hernández.

Estábamos reunidos en la sala. Mis hermanas mayores cosiendo y hablando de sus cosas. Mis hermanas y mis hermanos menores y yo jugando "carga la burra", a risas sordas. Mi padre, fuma que fuma, se paseaba en diagonal.

Afuera, era de noche y llovía. Las chorreras de las tejas alborotaban la casa.

Mi padre se detuvo y dijo:

-¡José Eulogio, anda, llama a Quiterio!

Yo me quedé estupefacto.

-¡No sé dónde estará, papá .

-Ha de estar en la cocina.

Mi padre se siguió paseando. Yo no me moví.

-Qué no has oído? ¡Vaya luego a llamar a Quiterio!, gritó mi padre.

Yo me levanté a rastras.

Una de mis hermanas dijo tímidamente:

-Creo que Quiterio se ha ido a la calle

-¿Ya tú vas a apoyar al mocoso éste? ¿Que vaya en el acto?

Y tuve que ir solo.

Atravesé el traspatio, pasé por un callejón y me hallé al pie de la escalera que conducía a la cocina. La noche estaba metida toda en el traspatio y en el callejón. La lluvia era su voz. Por ver algo quise ver las flores del jardín, pero habían desaparecido. Comencé a subir de dos en dos las gradas. Y llegué a la parte alta. El corredor formaba una escuadra. Al fin de ella se abría la puerta oscura de la cocina. Las paredes blanqueadas producían una penumbra espectral.

-¡Quiterio!... grité con voz opaca.

Nadie respondió.

Caminé dos, tres, cuatro pasos, arrastrándome y con los ojos

fijos en la puerta de la cocina.

-¡Quiterio o o o o ! llamé otra vez, pero la voz me salió ronca y trémula.

Tampoco me contestó nadie.

Dí varios pasos más, hasta el ángulo. Allí me detuve... Un trueno hizo temblar la casa y un relámpago verdoso iluminó súbitamente el cielo, el corredor y el corral, que, como un abismo sin fondo, abría su boca debajo del balcón... Y luego todo se puso más negro.

-¡Qui... Qui... te... te... rio...!

Habría querido volverme de allí, pero el cuerpo no me obedeció... Pegado a la pared, me deslicé hasta la puerta de la cocina... Sudaba frío y temblaba de la cabeza a los pies... De pronto no vi nada... Adentro sólo había tiniebla... Luego ví fosforecer dos puntos verdosos... Después, en torno de los puntos verdosos, fue dibujándose la forma de un gato negro... El rescoldo del fogón daba al lomo del gato la glutinosidad de un trozo de terciopelo mojado en sangre... Como yo había oído decir muchas veces que cerca de los gatos negros andaba siempre el Diablo, tuve más miedo...

Intenté llamar a Quiterio otra vez, creyendo que estaría en el "soberao", y no pude mover la boca.

Un segundo relámpago se metió hasta la cocina, y a su luz fulminea pude ver que un bulto, como envuelto en un sudario blanco, yacía acostado sobre el poyo, al fondo de la habitación.

Me quedé paralizado. Quise gritar, pero las mandíbulas se me habían soldado. Quise andar y no pude mover un pie...

¿Cuánto tiempo pasé así?... No lo sé...!

Desperté quien sabe cuánto tiempo después. Estaba acostado y me cuidaba mi hermana mayor.

De afuera llegó la voz de mi padre que decía a alguien:

-Este muchacho no va a servir para nada. Ha heredado los nervios y las simplezas de la madre

## NOCTURNO X

### ¡Ay, mi Taitito!

Para Cesar Atahualpa Rodríguez.

Yo volvía – “Tarde la noche”- al pueblo. Había ido lejos. Las tinieblas me cogieron a mitad del camino y me extravié. Y así fue como volví tan anochecido, cuando sólo velaban los perros lanudos y los tucos de ojos redondos.

Al voltear una esquina mi caballo se encabritó.

Oí:

-¡Ay, mi taitito!

¡Ay... Ay... Ay... Ay ay!

Ay, mi Señorcito!

La callejuela oscura. Sobre la callejuela un todo negro con lentejuelas parpadeantes. (Las tres Marías, las Siete Cabrillas, y otras estrellas) Una puerta entreabierta en mitad de la callejuela... Una claridad amarillenta salía por la puerta. También salía por ella una salmodia de voces llorosas, agudas unas y opacas otras.

-¡Ay, mi taitito!... ¡Ay...mi... Tay... ti... to...!

-¡Ay... ay... ay... ay... ayayay...!

-¡Tan... bue... no... como... fuiste... mi padre... cito.!

Mi caballo seguía empacado, con las orejas paradas, espumeante. Tuve que bajarme y jalarlo de la rienda.

En el quicio de la puerta varios bultos negros se acurrucaban, inmóviles. Los grandes sombreros de junco les daban apariencia de duendes.

Me acerqué por ver si encontraba a algún conocido. Me asomé a la puerta.

La luz provenía de cuatro velas de cera que ardían en torno de un cadáver amortajado con el hábito de San Francisco. Era un hombre barbudo. Una cruz grande le aplastaba el pecho. Las manos sarmentosas estrujaban la Cruz... En el fondo, una puerta oscura abría

su tarasca negra... Mujeres arrebozadas y en cuclillas se arrimaban a las paredes mugrientas como relieves de un muro de pesadilla. Sus voces gimoteantes trepaban por los muros, revoloteaban como mariposas negras encima de las velas y caían sobre la mortaja del muerto...

-Ay, mí... tay... ti...to

-¡A... a... ay... ay... ayayay!

-¡Ay... ay... ay... ay... ayayay

-¡Ay... mi se... ñor... cito... tan... güeno...!

-¡Ay... a... a... ay... ayayay...

-¡Ya nu abrá... quien... mi... difienda... Ay!... señor... cito...!

-¡Ay... ay... a... y... ayayay...!

Unas voces eran estridentes, otras roncas, todas monótonas; aleteaban con un ritmo pesado de tucos cansados. Salían como de las grietas del suelo y se agarraban con garfios peludos a mis oídos.

Mi caballo dió, de repente, un relincha agudo, corcoveó, tiró de la sogá, y se fué á galope tendido entre las tinieblas de la calleja.

En el cuarto del muerto nada se movió.

Siguieron las voces quebradas de las mujeres

Siguió el chisporroteo de las velas.

Siguió chillando el viento a través de la quincha del fondo.

Y del toldo que tapaba la callejuela se habían caído, mientras tanto, las lentejuelas parpadeantes. Estaba negro como el telón con que tapan el altar de la Iglesia en la Semana Santa.

No pude arrastrarme hasta mi casa, que debía estar cerca, ni pude dormir en la "carona" que me pusieron. Estuve como sonámbulo, mordida la carne por el terror, desorbitados los ojos, rasgados los tímpanos por la salmodia de las voces monótonas que salían de los negros "reberos".

Hasta que el toldo bajó más y más y me envolvió a mí y envolvió al muerto y envolvió a las lloronas, y ya no se oyó nada... nada...!



NOCTURNO XI

En esa estrella está mi hermanita **que se murió**

El cielo estaba azul marino y tenía tantas lentejuelas brillantes, ni más ni menos *que* el manto de la Virgen de los Dolores. Apenas uno que otro farol colgado en las puertas.

Acababa de anochecer y nosotros media docena de muchachos gritones y alborotados jugábamos a la procesión de Corpus a lo largo de un corredor.

¡Tatachín!

¡Tatachín!

¡Tralalán!

¡Tatachín!

¡Tatachín!

¡Tralalán!

El más gordiflón era el Cura. Arrastraba su poncho como si fuera una capa pluvial

Yo era el sacristán. Marchando de espaldas, agitaba delante del Señor Cura el incensario: una piedra amarrada con un pedazo de sogá.

Los músicos caminaban detrás, gritando a todo viento:

¡Tatachín!

¡Tatachín!

¡Tralalalán!

¡Tatachín!

¡Tatachín!

¡Tatachín!

¡Tralalalán!

El más pequeño iba adelante arrojando flores: pedazos de papel y cascarras.

¡Tatachín!

¡Tatachín!

Los músicos se cansaron antes de que concluyera la procesión.

-Ya no quiero tocar...!

-YO tampoco...!

Y se sentaron.

El cura nada pudo. El sacristán menos.

-¿Y qué vamos a hacer ahora?

-Contar cuentos. Mejor es eso porque yo ya estoy cansado, dijo uno de los músicos holgazanes.

Nos sentamos todos en rueda: Juan, Pedro, Hortensia, Máximo, Augusto, Jose, Candelario. Pedro quedó en el centro porque era el que sabía más cuentos y hasta "se sacaba algunos de su cabeza".

Pedro se puso a mirar el cielo como buscando el cuento que debía narrar.

De pronto habló:

-¿Ven ustedes esa estrella que está solita?

-¿Por dónde?

-Por allá... por encima del cerro Quispampa... ¿La ven ya?

Todos miramos al cielo.

Candelario, el más pequeño, dijo:

-Ya la veyo... ya la veyo

Luego la ví yo. Era una estrella blanca como un lirio. Parecía que ya se apagaba. Temblaba... temblaba... ¿Tendría frío?... ¡Por Quispampa hace tanto hielo de noche!

Pedro preguntó:

-¿Y...? Ya la vieron?

-¡Ya!

-¡Allí está!

-¡Es bien bonita!

-¿Cómo es su nombre? preguntó Candelario.

Pedro respondió:

-No tiene nombre.

-¿Y por qué no tiene nombre?

-Porqué no... Yo no sé... Y allí está mi hermanita, la que se murió el otro día.

Todos nos quedamos boquiabiertos.

Agucho interrogó:

-¿Y cómo sabes tú que está allí tu hermanita?

-Porque mi mamita me lo ha dicho ¡Catay!

---

La estrella temblaba más y crecía. A su lado los "ojos de la Virgen" parecían oscuros.

El reloj de la iglesia dió las nueve. Se cerraron, chirriantes, algunas puertas.

-¿Y cómo sabe tu mamita?

-¡Yo que sé!... Ella ha dicho que mi hermanita se ha ido al cielo y que todas las noches se asoma a ese lucerito pa'ver la casa y pa' vernos a nosotros.

-¡Ajajaj! ¿Y cómo es que ha subido?... ¡A ver?

Pedro se enojó.

-Yo no sé por dónde ha subido!... Mi mamita me ha dicho que allí está...!

Candelario palmoteó...

-Yo ya la veyo... Me miya a mi...

Todos alzamos la cabeza.

-¡Oye Pedro!... ¿Y mi hermano Carlos también estará allá arriba preguntó Juan.

-¡Si ha de estar, pué... Mi mamita dice que todos los chiquitos cuando se mueren se van a las estrellas.

Cada cual se puso a buscar, arriba, a sus hermanitos muertos. Yo encontré a la Juanita, que se había muerto para la Pascua, en un lucero bien grande que estaba por el lado de "Cajas". Me pareció que me llamaba.

Yo quise hacerle señas, pero una nube tapó el lucero. Luego sonaron las voces de dispersión.

-¡Juan, a acostarse!

-¡Pedro, a dormir!

-¡A su casa, mocosos!

Tan luego llegué a mi casa le pregunté a mi mamita:

-¿Es cierto que todos los niños cuando se mueren se van a las estrellas?

- sí, hijito, me contesto mi madre, haciéndome arrodillar sobre la cama. Los niñitos se van a las estrellas, pero cuando obedecen a su mamita y no hacen travesuras. ¡A ver! ¡A ver! Reza por tu hermanita que esta allí arriba.

Pronto me dormi en los brazos de mi madre y soñé que ya había subido a la estrella mas grande que hay en el cielo.

**NOCTURNO XII**  
**El duende**

Para Jose Sabogal.

¡Tarde de tintas moradas sobre los trigales maduros y sobre los picachos hispídos del Ande, cómo vienes esta noche a mi alma por ocultos caminos que yo no sabía antes!

Vuelvo a cruzar por la jalca pajiza y tan sola en el potrío negro que esa tarde - ¡aquella tarde! - me condujo a una de mis posadas nocturnas. ¡En cuántas y en cuán pocas habré de dormir todavía!

El viento - ¡viento loco, indómito y vertiginoso! - hace música al tumbar las espigas, al pasar por mi sombrero y al irse con sus alas abiertas, sus garras ganchudas y sus fauces desbocadas. Y no sólo silba, canta y ruge. Mi pobre potrío-empujado por sus dedos invisibles se aparta y se aparta del camino y no puede volver a él. Camina haciendo quengos inacabables, con la cabeza gacha y la crin volante.

Llego a mi posada cuando el cielo ha prendido todas sus lámparas y en las cumbres de la cordillera destellan todavía los últimos granates del Sol.

-La casa está escondida entre el abra de dos colinas suaves, dominadas y aplastadas por el cerro Guamaní, peñascoso y arisco. La anuncia una alegre fogata amarilla. El río que corre cerca de la casa es un río lírico: dice sus cosas en tono menor, sin golpear las piedras ni aturdir la hondonada.

¡Qué cerca se ven las estrellas! Allí están los cuatro diamantes de la Cruz de Mayo señalando todas las rutas de los vientos!

Al llegar a la casa salen de la cocina varios indios erponchados.

-¡Patroncito don José! ¿qué pué tan tarde está llegando?

-Es que salí tarde de Jicate, Bartolo!

-¡Baje usted, pué, patroncito!

Ya en tierra me dejo instalar en un cuartito contiguo a la cocine.

Bartolo enciende un montón do "chamiíza" en el centro para

desentumecerme.

Mientras la chamiza se quema y sus llamas dibujan sombras arbitrarias en las paredes, yo iirito y escucho lo que hablan muy a media voz los arrieros y pastores en torno al fogón.

-¡Cómo ha llegau el patrón! dice Bartolo.

Sucede una pausa breve.

-¡Cuando antier., nomá, mataron al que cobra los impuestos! añade una voz rajada.

Afuera se oye más cristalina la canción del río.

-¿ Y no lu'abrén asustau en la Cueva del Brujo? tartajea otra voz.

Yo me pongo a temblar.

-¡Dejuro que no; si ya el Duende no anda por ahí!

Afuera se hace un largo silencio.

Al otro lado de la casa se siente aletear a las gallinas como asustadas.

-¡Vayámonos Sabela, que ya está muy oscuro!

-¡Vayámonos, pué, Marcus, que'el camino es bien "sólido" y la casa está lejazos!

-¿Qué, pué, ya se van, compadre?

-Ya pué, ¡catay! La china tiene miedo al duende! Hasta de mañana será, pué, comadrita!.

-¡Hasta de mañana compadrito!

-¡Hasla de mañana!

-¡Hasta de mañana!

El ruido de las ojotas sobre las piedras del corredor se pierde poco a poco. La puerta de la cocina chirría al cerrarse.

La chamiza. comienza a apagar.

Una voz de los que se van grita desde lejos...

-¡Compadritooooooooo!... Que... no... se... le... olví... de...a... a... ver... si... me... deja l' aguita... de... mañanitaaaaaaaaaaaaa... !

- ... ñanita a a a a a a a... repite, con bronca voz el cerro Guamaní.

Una antara can la, afuera, una tonada angustiosa y se va alejando hasta confundirse con la melodía del río.

De la chamiza no quedan sino rojos rescoldos.

La puerta de la cocina se dibuja por una sombra monos negra.

---

Bartolo, su hermano Ildelfonso y su mujer se han quedado callados. Sólo se oye el crepitar de la leña.

Las gallinas vuelven a alborotarse en el corral. Su alateo y su cacareo contenidos me llenan de presentimientos.

Un ruido en la cocina.

La voz de Bartolo:

-Nu estoy pa juegos Ildelonso!

Un segundo ruido seco.

-Tú sós el que juegas Bartolo!

Un tercer ruido seco.

-¡Ay, Taitito! grita la Hilaria.

-¿Qué, pué, tienes?

-Mia caido ésto en la pollera!

-Cati, pue, una piedra! ¿Diónde habrá caido?

Un cuarto ruido.

Gritos confusos de los índios.

Un quinto ruido.

-Nuestro Señor San José, ámparamé! dice a media voz, trémula la Hilaria.

Siguen los ruidos sobre el suelo, sobre las paredes, sobre el techo, sobre las ollas.

Yo tiemblo, pero no puedo cerrar los ojos.

Los indios corren de un lado a otro topoteándose.

Luego, con gritos opacos, se meten en mi cuarto y avientan la puerta de magueyes.

-¡Es el Duende, Bartolo! musita la Hilaria con castañeteo de dientes. ¡Mamita... del Rosario!...

Continúan los golpes afuera.

-Recemos el Padrenuestro pa' que se juya!

-Pannuestro... que' estas... en... lus Cielus...!

-¡Pannuestro... questás... en... lus cielus!

-¡Pannuestro... questás... en... lus cielus!

-¡Pannuestro... questás... en... lus cielus!

La voz trémula de los indios ahuyenta el ruido... Ya se oye menos... menos... ya no se oye nada...

Yo también intento rezar.

Los indios, hechos un ovillo, siguen implorando:

-Libranus, Taytito, de todo mal!

-Libranus... Taytito, de... todo mal...!

-Libranus... Taytito, de... todo mal...!

Se oye un último ruido.

-Mañana... que voy al... pueblo lei de contar... al Señor... Cura pa que... venga a... echarle la bendición a... la casa, dijo Bartolo.

Afuera, canta un gallo madrugador, y el miedo desanuda sus ligaduras de mi cuerpo y se va como un enorme murciélago, dando tumbos contra el techo y las quinchas.

...Y me duermo, mientras los indios, acurrucados en un rincón, hablan con voces sordas y temblorosas.

## NOCTURNO XIII

### Algo... yono sé...

Para Luis Valle Goicochea.

En mi casa se produjo cierta noche una cosa oscura. Una cosa con color y con sabor de enigma. ¿Que cosa fue? No lo supe entonces. No lo se ahora. No lo sabre ya nuncamas...

Yo no dormi. Mi padre no durmio. Desde mi cama sólo oía cuchicheos, carreras, abre y cierra de puertas. Y luego silencios prolongados.

Mi padre venia a ratos al dormitorio, se paseaba con los ojos ocultos bajo las cejas y el cigarro perenne entre las barbas leonadas por la nicotina. La luz de la vela que ardia sobre una mesa, al proyectar una figura de mi padre en constante trajin sobre el suelo y sobre los muros, creaba sombras elásticas y arbitraria. Mi padre no hablaba. No hacia un gesto. Iba y venia, no mas. Sólo cuando la puerta que daba al zaguan, se abria, alzaba la cabeza, pero no preguntaba nada, y, cuando el que entraba parecia querer hablarle, él se ponía el dedo sobre los labios y salia a pasos contados, cerrando con llave la puerta detrás de sí.

Yo sabia la escena con los ojos entrecerrados y los tímpanos mas sencibles que nunca, arrebujando en mi cama.

Pero... ¿Qué sucedia afuera?... ¿Alguien se había enfermado súbitamente?... ¿Quién?...

Y de nuevo, carreras en los corredores, en el zagúan, pero carreras de personas que corrieran en punias de pies. Cuchicheos de los que pasaban cerca ce la puerta... De repente, algun golpe, la caida estrepitosa de alguien o de algo... Y otra vez el silencio.

A cada salida de mi padre me aventaba de la cama y me ponía a atisbar por la cerradura de la llave, afuera, estaba negro. Nada podia distinguir y los bultos que pasaban como sombras, hablaban tan bajo, que mi angustia iba creciendo hasta convertirse en pavor... Sólo pude oír a una de las sombras que pasaban: ¡Y la noche tan oscura como



boca de lobo!... Yo tenía miedo y no podía gritar porque seguramente sucederían cosas peores.

Oí pasos cerca. Eran los de mi padre. Corrí a meterme en la cama. Sonó la cerradura. Entró mi padre con la cabeza baja. Una tristeza sombría, tan sombría, tan callada, le contraía la boca y la frente que se me secó la garganta y se me nublaron los ojos y estuve a punto de sollozar. Se paseaba más calmado como arrastrando los pies y se estriaba las manos detrás de la cintura.

A poco, pasos más numerosos y más recios en el patio. Mi padre fué hacia un ángulo del aposento y permaneció con la cara a la pared. Los pasos se acercaron hasta pasar por la puerta... Eran como un tropel, pero el ruido era opaco... Y ni una palabra...Oí crugir la puerta de la calle. Las dos hojas crugieron como cuando las abrían de par en par. El tropel, que se había detenido, continuó, pero alejándose. Sentí que salía hacia el corredor exterior... Y se perdieron los pasos... Volvió a crugir la puerta de la calle... Las hojas fueron cerradas. Sonó el cerrojo chirriante... Nuevos pasos menudos hacia la puerta del dormitorio... Esta se entreabrió, y una voz queda y trémula dijo:

-¡Ya!

La puerta se cerró... Mi padre volvió a sus paseos y ya no fumaba sino que mordía los cigarros unos tras otros. Se acercó a la mesa donde ardía la vela, la sopló y siguió paseándose a oscuras.

Afuera, siguió todo quieto, quieto.

Y la Noche, como una serpiente de anillos sin fin, fué desenroscándose, desenroscándose sobre mí.

Amanecí medio sonámbulo. No tuve fuerzas para preguntar nada. Ni de entrar en la casa tampoco, porque mi padre, al levantarse con la aurora, me dijo al salir:

-Vístete, que vas a ir a la casa de tu mamita!... Si quieres puedes estar allá tres días!

Y el mundo me pareció nuevo.

NOCTURNO XIV

La "barca de San Pedro"

Para Carlos Alfonso Ríos.

Fué un 28 de Junio lunado. Víspera de San Pedro y San Pablo. Por la tarde había visto cómo doña Manonguita, la de El Alto, mayordoma de San Pedro, hizo bajar de su nicho la imagen del Patrón del pueblo. Lo lavó, le puso sus ropas limpias, su casulla de brocado blanco bordado con rosas de oro y carmesí, su tiara también de brocado, y la llave del cielo, bien grande y pesada. Luego colgó del cayado del Santo Patrón unos pescaditos bien plateados y frescos que su hijo Tomás acababa de sacar del río.... Yo estaba alegrísimo por lo que veía y porque al día siguiente no tendría que dar lección de gramática...

Esa tarde el Sol se ocultó tras unas nubes feéricas, deshilachadas y absurdas y un lucero enorme brilló entre ellas como un suntuoso diamante.

A la hora de acostarnos, mi madre, siguiendo una vieja costumbre, agarró un vaso, le puso un poquito de agua, y en el mismo momento en que el reloj dió las doce campanadas de la media noche, que despiertan a los fantasmas, quebró un huevo y lo vació en el mismo vaso. Luego tapó el vaso con un papel y lo escondió detrás de un baúl.

-¡Cuidadito con verlo ni tocarlo! me advertió.

-¿Por qué no se puede ver?

-Porque el señor San Pedro se enojaría y no haría su barca...

Mañana a las doce del día destaparemos el vaso, y, ya verás...

Apenas dormí esa noche pensando cómo sería la barca de San Pedro.

Mi madre no quiso adelantar impresiones... pero yo soñé que el cerro Pariacaca se había convertido - ¡quién sabe cómo! - en un vaso inmenso y que dentro de él bogaba una barca de mástiles amarillos y ve las azules, y, que desde ella mi madre me llamaba con sus brazos

aleteantes: yo quería irme a la barca pero no podía porque alguien, sujetandome, me gritaba: - ¡Todavía no es tu hora!... ¡Todavía no!... De improviso, la barca se desvaneció y creí morir de pena porque mi madre se había ido en la barca y ya no volvería... Grité: - ¡Mamita... ma... mi... ta... ma... mita! Y desperté en sus brazos lloroso y convulso. Ella me aquietó: - Ha sido una pesadilla, muchachito...

¡ya paso!...

A las doce del día, mi madre, con gran ceremonia, sacó el vaso de su escondite, mientras yo, agarrado a su falda morada, esperaba lleno de miedo, de curiosidad y de esperanza a que lo destapara...Y lo destapó. No pude reprimir un grito...

-¡Mamila! ¡Mamita!... ésa es la barca en que usted se fue anoche...

-¿Qué dices, muchacho?

-Sí mamita, es la... mismita... Y allí... está... usted...!

Allí estaba la barca de mástiles amarillos y velas azuladas... Una frágil figura ocupaba el lugar en que yo había visto a mi madre, en la barca de mis sueños que se iba dejándome... Mi madre se sintió desilusionada:

-¡Sólo ha salido una barca... cuando siempre salen tres... El huevo debe haber estado malo... ¡Que le vamos a hacer... Otro año sera!...

-¡Mamita! . ¡Ya no se ve!... Mire usted... Ya se hace chiquita, chiquitita... Ya no se ve!... ¡Hágala otra vez...!

-¡Ya no... Hasta el año entrante... si Dios nos dá vida!

La barca se fué hundiendo... hundiendo... hasta que desapareció y sólo quedó en el vaso un líquido amarillento y gelatinoso.

Acongojado, lloré más que cuando me encerraban en el cuarto oscuro.

NOCTURNO XV

Las "escondidas"

Para Juan Samuel Sotero.

-¡Ahora juguemos a les "escondidas"!

-¡Ya está!

-¡Ya está!

-No, mejor juguemos a la "mantequilla"!

-Las "escondidas" es más bonito.

En una callejuela estrecha, en la que cada casa formaba ángulo sobre la vecina y tenía por esa razón, muchos escondrijos, jugábamos esa noche unos muchachos bullangueros y desbocados.

Una luna tierna y bicorne alumbraba la calle.

Primero me tocó buscar a mí. Y hallé a los siete muchachos después de carreras, saltos y equivocaciones; al uno detrás del primer rincón oscuro, al segundo en el segundo rincón, al tercero metido detrás de una puerta, al cuarto entre dos piedras grandes que estaban arrimadas a la pared del frente, al quinto cuando salía de un rincón para meterse en otro, al sexto en un hueco, y al séptimo que fué el que me dio más trabajo, detrás de mí, pues se había convertido en mi sombra para atolondrarme.

Después de unos minutos de descanso volvimos al juego.

Los cuernos de la luna acababan de ocultarse detrás del cerro Pundín y la calle se había quedado negra.

-¡Ahora me toca a mí buscar!, dijo el Emeterío,

Y corrimos todos a escondemos. Los otros muchachos se adelantaron más, y ya no quedaba ningún escondite.

-¿Ya?

-¡Tuavía! respondí.

Ya los mejores sitios estaban ocupados. Sólo quedaba un rincón, el más remoto, vacío.

---

-¿Por qué no te metes ahí?

-Ahí no.

-Entonces aguantarás los baquetazos.

Y por miedo a los baquetazos corrí hacia el rincón lejano, pero temblando.

Era fama que allí, todas las noches, después de las doce, se veía a una mujer vestida de negro sentada sobre una piedra. Por eso no quería acercarme. Pero tuve que ir, porque el Emeterio ya comenzaba a buscarnos con el ronzal en alto y silbante.

-¡Ya te pillé! ¡Ya te pillé!

Volteé el filo de la pared y me metí en el rincón. ¡Qué negro estaba! Pero allí sí que no me encontrarían...

Me deslicé palpando la pared y tropecé con la piedra. ¡No habiú nadie! Me senté. Desde allí podía ver la calle perfectamente. Y no tenía miedo.

La voz del Emeterio se iba acercando.

-¡Otro! Ya encontré otro!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Y el ronzal silbaba.

-¡Me falta uno!... ¿Onde siabrá metido?

-Yo creo que en el rincón de "la vieja"...

-¡José!

-¡José!

-¡Aquí estoy! gritaba yo, pero, cosa extraña, ni yo mismo me oía la voz.

-¡Aquí estoy, repetía con la boca bien abierta y tampoco me oía.

Y ya no ví la calle. Entre ella y yo había un bulto negro que se iba acercando, acercando...

-¡José é!

-¡José e e é...!

-¡José e e e e e e e e e... !

Gritaban los muchachos y yo oía sus gritos distantes... distantes, como el eco de los cerros.

La sombra se acercó más, más... más... más... más...

Era una mujer... Era la "mujer" que llegaba a sentarse en su piedra.

Yo quise levantarme y no pude... La mujer se sentó a mi lado.  
Sus vestidos sonaban como almidonados... pero yo no podía  
tocarlos...

Sentí una mano huesosa sobre mi cabeza...

Dí un grito y ya no me acuerdo más....

NOCTURNO XVI

El Circo

Para Eduardo Jibaja.

- "Esta noche es noche buena".

Esta noche hay mucho que ver..."

- Tatachín... Tatachín... Bum... Bum... Tetachín... Bum...

Bum...

Dos payasos réquetepintados, con enormes bocas, calzones bombachos, gorros puntudos, montados en dos caballos chuscos; un maromero casi desnudo en otro caballo chusco; un gitano con un oso que bailaba. Y detrás los músicos del pueblo tocando desafortadamente su clarinete, su bombo y su redoblan te...

Y delante, detrás, y a los costados de estos vistosos personajes, todos los muchachos de la aldea, en procesión. Todos, sin faltar uno. Desde dos días antes corrió la noticia como un polvorín: "Ha llegado el circo" y la Escuela amaneció y anocheció desierta. Los muchachos no aportaron por ella, apesar de los coscorriones, de los jalones de oreja, de las "encerradas"... Y ese día caminábamos, a sendos tropezones tras de los caballejos de los payasos, de arriba para abajo... Y en cada esquina uno de los payasos, abriendo más su enorme boca y desdoblado un papel vociferaba:

- "Esta noche es noche buena:

esta noche hay mucho que ver..."

Tatachín... Tatachín... Bum... Bum... Bum... Tetachín,...

- ¿Tú vas al circo?

- Dejuero, hombre!... Dicen que va a estar más bonito!... ¡Qué hacen unas "pruebas"!

- Sí; dicen que un maromero se para de cabeza en el trapecio y que lo mecen y no se cae... Que el oso baila marinera...!

- ¡Uyuyuy!...

Yo sí que no dejo de ir... !

-Yo tampoco... aunque mi mamila no quiere...!

-Yo sí porque mi padrino mia dau un peso, ¡catay!

-Yo voy con mi mamila.

Y esa noche fué la revelación. Comimos temprano porque la función principiaba a las 7. Tuvimos que llevar sillas para el palco... Fué en el corralón de doña Chepita... Nosotros llegamos cuando ya había tanta gente. En el centro un redondel y colgados de arriba un trapecio y unas argollas... Salió brincando un payaso. Me pareció más blanco, mas sin cara, mas desbocado y con una enorme Luna en las posaderas... Dijo tantas cosas tan graciosas, pero algunas gentes grandes no querían reirse... Yo me reí y me reí hasta los límites de la risa, hasta más allá... Salió el maromero N° 1 que se subió al trapecio, se paró de cabeza e hizo una plancha... Abrí la boca tánto y tánto... Salió el payaso N° 2 vestido de colorado que se daba porrazos... Me volví a reir... Salió el maromero N° 3, que daba vueltas y vueltas en la barra. Volví a abrir la boca más y también abrí y cerré los ojos, con gran temor de que todo lo que veía fuera mentira... Salió el oso y con el oso una gitanita que no se parecía a las muchachas del pueblo, con pollera verde, blusa colorada y un pañuelo de tanto color en la cazeza y zarcillos y collares; ¡pero los ojos!... los grandes ojos que venían como del otro mundo! La voz de la gitanita sonaba como una campanilla y el oso bailaba pesadamente. La gitanita daba vueltas con su pandereta en torno a él... Al desgonce de mi boca se añadió ahora cierta humedad en los ojos y un bulto sobre el corazón.

Así pasé la noche maravillosa, cuyo epílogo fue un sueño en qua yo me ví en un mundo lejos de mi pueblo, sin cerros y sin truenos...

Al día siguiente todavía me dolían las mandíbulas y me ardían los ojos.

Dos días después el Circo se fué por el camino de Piura y el pueblo se quedó más amurallado que antes dentro de sus riscos y barrancos.

Apenas si quedó un destello de los ojos de la gitana en los "Ojos de la Virgen", dos estrellas tamañazas que en las noches claras siempre lucían sobre el cerro Pundín.



## NOCTURNO XVII

### La Lámpara

Para Néstor S. Martos.

En la casa de mi madre había una lámpara - la misma lámpara fantástica que aún arde corazón adentro - una lámpara pequeña de pedestal blanco y tubo oblongo con una cenefa al centro y en la cenefa un paisaje... La lámpara era encendida todas las tardes, después de que las campanas de la Iglesia tocaban el Angelus, y colocada por mi madre o por mi hermana Elena sobre la mesa de nuestra sala-comedor -panadería y depósito de aguardientes. Ella alumbraba nuestras comidas cuando no se producían en torno al fogón de la cocina. Su llama apenas si alcanzaba a iluminar los contornos de la mesa. Todo lo demás de la habitación: los muros sombríos, las tarimas largas y los toneles panzones llenos de aguardiente de caña de Canchaque - quedaban en una penumbra que más era levadura de sombra... La lámpara ardía y ardía estuviéramos o no sentados cerca de ella... Cuando llovía demasiado o cuando se me imponía una reclusión, ella era para mí la única compensación. Su luz, más que su luz, quizás, el paisaje dibujado en la parte más ancha del tubo, me hacía soñar un poco; se agarraba a mi imaginación de muchacho y la fustigaba.

No me acuerdo bien, pero seguramente, más de una vez debí quedarme con los codos sobre la mesa mirando y mirando el paisaje del tubo; el paisaje del tubo que, a pesar de todos los días y de todos los dolores devanados desde entonces, aún veo ahora, sólo con cerrar los ojos... Una casita con techo inclinado pintada a tinta sepia. La casita tenía una puerta y una ventana (la puerta cerrada y la ventana abierta). Delante de la casita un cerco y a mitad del cerco una tranca a medio abrir. A un lado de la casita un árbol coposo; al otro lado de la casita unos arbustos apretados... Y nada más...

¡Ah!, sí, siguiendo el nivel de la casita, al otro lado, otro arbusto...

Tres colores apenas: el blanco del fondo, el sepia de la casa y del cerro, y el verde del árbol y de los arbustos... La luz de la lámpara, filtrada por el cristal opaco del tubo, daba un tono caliente al paisaje... Y la casita vivía tanto, que yo siempre esperaba que su puerta se abriera y que se asomara la buena mujer - que en ella tenía que vivir - la buena mujer de los cuentos, qua salva a los niños de su hijo el Duende, que sabe contar lindas historias y que da posada a los viajeros que se extravían en aquella quebrada o por aquel bosque... Era la Casa del Buen Albergue, y yo la había llenado con los seres de los cuentos escuchados las noches de luna en los corredores sombríos del pueblo o en las noches de lluvia en torno a la lámpara...

Pero, además: la casa, el árbol y el cerco pintados en el tubo de la lámpara, compusieron mi primer paisaje, el primer paisaje espiritual que hincó mi retina saturada de los paisajes bravíos de mi tierra... Cada vez que cierro los ojos y vuelve a surgir la lámpara del tubo mágico... sueño... Pero comparo y analizo el paisaje mismo del tubo, y no alcanzo a comprender porque él me alucinó, cuando afuera, mi pueblo estaba tallado en una colina resbaladiza, entre cerros titánicos y tenía tantas casitas y al lado de las casitas molles frondosos y cercos de megueyes verdes y espinudos... Sería, sin duda - pienso, ahora - la primera noción del contraste... En el paisaje del tubo todo era plano, y en mi pueblo, desde que nací todo lo vi quebrado, convulso, hispido...

En el paisaje del tubo la casa se hombreaba con el árbol coposo y detrás no había nada... nada... limpio... ni un cerro siquiera... y en mi pueblo las casas y los árboles más grandes estaban apretados entre barrancos y lomas, y los cerros aunque lejanos, siempre parecían alargar hasta ellos sus brazos de gigantes... ; sería el contraste, pienso...

¡Pero!, dejemos de pensar, alma mía; dejemos de pensar!... ¿Para qué pensar?... Cerraré mejor los ojos de mi cuerpo para que tú abras los tuyos, alma mía, a la luz de la lámpara de antes... ¿Tiemblas? ¿Tiemblas?:... No puedes olvidar las dolorosas certidumbres... Tú que has vuelto a sentarle a la mesa de antes, a la luz de la lámpara de... antes... te cercioras de que ya la mesa está... sí... fuera del espacio... más allá del aire... que tú ya sólo eres concreta... que todos los otros que se sentaban a la mesa conmigo ya no acuden... (Ni mi madre, ni mi hermana vienen como en las noches viejas... ) Que ya la casa tampoco está... que... En fin, tienes que convencerte, alma mía, de que fijandote

bien, ni es la misma de antes esta lámpara, ni es la misma de los viejos días su luz... Sin embargo, es inútil cuánto te diga, alma mía, porque tú siempre creerás que la vieja casa de mi madre todavía está en pie y que dentro de ella siempre han de andar con sus afanes mi madre y mi hermana, los toneles panzones de aguardiente, las tarimas largas, la mesa arrinconada y sobre la mesa la lámpara y pintados en el tubo de la lámpara el paisaje plano que te hizo soñar tanto y tanto...

Es inútil que te diga... porque tus ojos ven más adentro y siempre encontrarán, más acá o más allá del aire, la lámpara encendida de mis noches de niño, concreta y lejana a un tiempo, más incubadora de sombras que de luz... Siempre la encontrarán tus ojos, alma mía... Y ya que te es fácil el viaje... no te olvides de liierte, si ya al fin se abrió la puerta de la casita pintada en sepia sobre el tubo de la lámpara,... y si se asomó, al fin, también a la puerta la Buena Mujer de los cuentos...

¿Cómo?... ¿Qué me quieres decir?... ¡Que quien se ha asomado a la puerta de la casita es mi madre y que te ha encargado que me diga... !... ¡Calla!... ¡Cállate mejor!...

## NOCTURNO XVIII

"Blanca de Nieve"

Para Alicia Martos de Castañeda.

¡Oh, noche sonora y azul en que escuché por primera vez el cuento de "Blanca de Nieve"! ¡Noche que surges ahora, titilante como una luciérnaga dentro de mí, sin que yo sepa porqué. Tu frescor se ha metido por la ventana estrecha que ventea mi cabeza y el prodigio se ha operado. Las bagatelas que cuelgan de los muros de mi aposento se han ido borrando, borrando... Los muros se han vuelto tenues, se han desatado unos de otros y se han ido a pasos lentos *como* de fantasmas y han desaparecido, por fin!

... Ahora resulta que el techo de mi aposento también se lo ha llevado el aire y que en lugar suyo hay un cielo con estrellas ralas y blancas y con girones de nubes gelatinosas!... ¿Y esa mole que veo desde aquí, negra y roma como la trompa de un hipopótamo, no es un cerro?... ¿No lo es?... Y no se parece al cerro Pariacaca, ese cerro de mi pueblo por detrás del cual suele encaramarse la Luna?... ¿Pero si estaré loco!... Sin embargo no puede ser otro!... Y luego estas casas con techos en declive... ! Y este corredor tan largo que miro desde aquí..... Y esta calleja oscura por la que pasa una sombra de mujer enmantada con un farolito a medio apagar... Y este corretear de muchachos que juegan a los "yunganos"... ¡Si todo está tan cierto y tan claro!... Y las campanadas del reloj que no pueden ser sino las de aquel reloj... ! Y esta piedra en la que resulto sentado sin saber cómo... Y la fuga de mis barbas maduras..... Y este cansancio que tengo como si hubiera corrido tanto... Y este grito que me sale sin que yo pueda contenerlo... !

-¡Carlos! ¡Carlos!... ¡Ya es hora de los cuentos...! ¡Ven...!

Mi voz suena como una campanilla nueva y huele a mora tierna. Este muchacho que viene corriendo y se tumba cerca de mí es Carlos

Moisés, este otro que llega luego y se tumba también es Máximo y el que llega después pesadamente es Florentino... Las voces de los otros muchachos que prefieren seguir corriendo me suenan a esas canciones de las madres: "A la rurrú a la rurrú rata..."

-¡A ver!, a que no llaman al Quiterio pa' que nos cuente el cuento de "Blanca Nieves"!

- ¡Quiterio!... ¡Quiterio...! [Quiterio o o o...!]

-¡Ya voy niño!

Grito para oírme:

- ¡Qui...te.. rio o o o o o o

La voz me sale otra vez campanilleando y de amanecer.

Este cholo zumbón, que sale de mi casa, es Quiterio, el mismo Quitorio que asegura que desde su jalea se puede tocar las estrellas. Su cabeza cuadrada, su hablar a topetones, su poncho viejo y sus ojillos de perro campesino no me dejan dudar más... Quiterio se sienta en medio de nosotros y en torno a él se forma un remolino...

-Principia ya...!

(Yo busco de nuevo los muros de mi cuarto y no los encuentro...)

La voz opaca del indio comienza el cuento:

-Dicen que había una vez una niña bien blanca y bien bonita...

(Y la niña "bien blanca y bien bonita" sale del corredor del frente, avanza y se sienta junto a mí y nadie la vé... Yo ya no sigo la fábula, porque los ojos de la niña "bien blanca" y "bien bonita" brillan y parpadean como estrellas y huele toda ella a tierra mojada y a arirumba...)

- Y entonces?... pregunta curioso Carlos Moisés...

- Que la mujer mala le hizo comer a la niña una manzana que tenía brujería y se murió...

(La sombra de la niña bien blanca y bien bonita tembló bajo la blanca túnica y sus ojos se cerraron... Y yo quise gritar...)

-¿Y los énanos qué hicieron, entonces? inquirió Máximo,

-Los enanos tuvieron mucha pena... Lloraron harto...harto.

Colocaron a la niña muerta en una parihuela llena de flores y la fueron a enterrar...

(La sombra tembló otra vez)

-Y luego?...

---

-Cuando dizque la cargaban al Panteón, los enanos se tropezaron en una piedra y se cayeron... y se cayó al suelo la parihuela y la Niña Blanca Nieves se sentó y llamó a los enanos...

-¿Entonces no se había muerto?

-No, niño... Se había atorado no más... A la hora. que se cayó la parihuela, botó la manzana y los enanos se alegraron mucho, mucho...

-¿Y luego?...

-La Niña volvió al palacio de los enanos, se casó con un príncipe muy bueno y ya no se murió nunca... nunca.

(La sombra de la niña "bien blanca y bien bonita" sonrió tan dulcemente que todo me pareció como flor recién abierta... Pero no se quedó más tiempo... Cuando la voz del cholo Quiterio se apagó, ella se fué como volando con su túnica flotante y yo me quedé convulso y atónito).

-¿Y qué más? Es la voz de Máximo que urge más detalles

-Ya no se más, niño... Luego se produce un silencio desilusionante.

-¡Esto es una zonzera! dice uno de los muchachos... Mejor es el cuento de "Los Tres Hijos del Rey".

Y mi tía Santitos sabe cosas más bonitas...!

(Al final de la calle me parece ver todavía el aleteo de los velos de la sombra blanca).

El Quiterlo se va refunfuñando Surge una riña entre Máximo y Florentino... Canta un galio en la casa próxima y le contesta otro más lejano y a éste otro más remoto y a éste otro.

El reloj da doce campanadas Y todo se va borrando, borrando, borrando... Ya no oigo las voces irritadas de Máximo y Florentino...

...Ya no veo las casas de techo de tejas ni los picachos negros de los cerros, ni el cielo cosido con estrellas... Ya no aspiro el olor a tierra mojada y arirumba...

... Y de repente, quedo otra vez entre los cuatro muros de mi aposento y bajo un techo con grotesca claraboya y me asusto al encontrarme la cara abotargada y erizada de pelos viejos...

Y siento como que dos garras picudas me estrangulan.

NOCTURNO XIX

¡Luna... ¡Luna... a... a...!

Para Carlos F. Mauricci, ya ausente.

Miremos alma, hacia adentro, miremos.

Que el tiempo ya no sea más, ni el espacio tampoco.

Solos, tú y yo, alma, al borde de esta noche, con ojos inmensos y llorosos. Que reviva esa noche en que tú y yo nos dimos cuenta por primera vez de que la Luna era la Luna... ¿Recuerdas, alma, recuerdas?

Que se borren las contingencias miserables! ¡Que se vayan!

Y quedemos los dos solos, tú dentro de mí y asomada a mis ojos locos y yo sentado en el pretil de mi casa tan grande, tan oscura, tan llena del miedo a mi padre.

La Plaza está más que nunca grande, más que nunca sola. Los muchachos se han ido a jugar a "Los ladrones" por "El Alto". Yo no he querido ir por capricho. Estoy sentado en el pretil de mi casa mientras sobre mi cabeza resuenan isócronamente los pasos de mi padre, que se pasea en el balcón, callado, fumando, fumando, como siempre... Las casas están negras. Las hileras de cerros que quedan atrás parecen inmensas tulipas. Mis ojos quieren cerrarse por miedo a tanto negror. El cielo ha desplegado su toldo más azulmarino.

Siguen sobre mi cabeza los pasos de mi padre, isócronamente.

Luego disminuye la negrura del cielo...

Un vapor plateado se levanta detrás de las montañas del frente y la tintura del cielo se aclara, y tú, alma, que estabas negra y acurrucado en el fondo de mis ojos, también le aclaras y principias a salir de tu escondrijo. El vapor plateado se transforma en luz blaquiazul y el cielo abre sus infinitas puertas, como el empuje de invisibles dedos, y cada puerta sobre el más lejos queda señalada con una estrella. Tú, alma, las quieres contar con mis

ojos, pero mis ojos no saben obedecerte porque no ven tan para allá y porque los pobres están deslumbrados.

Las crestas de los cerros se van recortando sobre el horizonte de plata vaporosa y azul. Una raya plateada y sinuosa los perfila. Sobre el cerro más alto la luz tiene el color de los relámpagos, pero no se apaga. Tú, alma, has empujado mis ojos hacia afuera, casi los has aventado hasta la claridad, pero ellos, miedosos, se han quedado en mí...

Los pasos de mi padre, isócronos, sobre mi cabeza...

Las voces cuchicheantes de mis hermanas adentro...

El aullido de un perro campesino llega desde la otra banda del río...

Una puerta se cierra con escándalo.

Aparece sobre el cerro Pariacaca una diadema más brillante que la de San José... Y tú, alma, brincas sin sosiego... Y la diadema se convierte en hoz deslumbradora, y la hoz deslumbradora se convierte en inmensa chaquira azulada, y la chaquira azulada se convierte en gran boliche blanco con culebritas azules adentro... Y todo se pone fantástico: fantásticos los cerros que parecen arrodillados y orantes; fantásticas las casas que se recogen, se ponen buenas y se cuentan sus cosas en voz baja; fantástica la iglesia que quiere cantar por la boca desdentada de su campanario un Canto de Navidad; fantásticas las piedras de la plaza que brillan y quisieran no ser piedras; fantástica mi casa que se ha transformado en palacio de malaquita; fantásticas mis manos que ya no son mis manos y que se han hecho espuma de río; fantásticos mis ojos que se han abierto al borde de esta noche y todo lo ven color de infinito y fantástica, tú, alma mía, que te quieres salir de mí, e irte... irte... El boliche blanco con culebritas azules se va transformando, transformando, ya no es más el boliche blanco; ahora es más bien una bola de vidrio transparente con una luz como de llama de alcohol, vendeazul.

Mis ojos ya no alcanzan a ver tanto y tú, alma mía, tiemblas y no sabes de donde viene todo esto, ni cómo se llama esa bola de vidrio transparente ni de dónde viene, ni hacia adónde se va...

Una algarabía de voces rompe el aire, y tú, alma mía, la recoges:

¡Luna a a... ¡Luna a a a a a al ¡Dáme e e... fortuna a a a ai dicen las voces:

Y el cerro Pundín contesta con su lengua de hierro naaaaaaaa... n a a a a a a a a...

Los perros campesinos rompen a aullar sobre todas las lomas;



las casas se ponen más confidenciales; las campanas de la iglesia, sin que nadie las toque, suenan como cascabeles de vidrio; y mi padre interrumpe su paseo, se acoda sobre la baranda del baleón y mira... mira...

Otra vez las voces de los muchachos:

¡Luna! Luna a a a a a!

¡Dáme fortuna a a a a a a a!

Y otra vez el cerro Pundín insiste en responder con su boca invisible:

n a a a a a a a a a a a...¡

n a a a a a a a a a a a...!

Y tú, alma, y yo, comprendemos que la bola de vidrio transparente es la Luna.

Y tú, alma quieres llorar, y yo" pobre, quiero reír.

Y la Luna nos mira y nos envuelve en su luz y yo me pongo a revolcar como loco a lo ancho del corredor gritando:

Lunaaaaaaaaaaaaaaaa...!

¡Dáme fortunaaaaa...!

¿Recuerdas, alma mía trémula, que fué así como tú y yo aprendimos el nombre de la Luna?.

## NOCTURNO XX

¡Señor San Jacinto!

Para Julia Codesido.

¡Señor San Jacinto!:

En este aposento de una sola puerta y ninguna ventana; en este aposento donde el regazo de mi madre me ampara de la noche y de las "penas"; en este aposento lleno de trevejos múltiples, cuyos colores y formas adivino más que veo, impera, dominador y misterioso, el Señor San Jacinto.

Para él sólo tiene mi madre sus sonrisas y sus lágrimas; para él sólo sus coloquios; para él sólo sus delicadezas más recónditas; para él sólo sus humildes apóstrofes.

¿Recuerdas, Señor San Jacinto, que así era?

San Jacinto era plano y estaba pegado a la pared. Yo no sabía, ni nunca pregunté de dónde había llegado o quién lo colocó allí. Oscura, muy oscura, de un color amarillo negruzco, la cabeza aureolada de San Jacinto, se destacaba sobre una negrura aún mayor. Vestía túnica clara. En una mano una custodia y en la otra un báculo. Atrás se adivinaban unas torres. Había un animal acurrucado a los pies del Santo. ¿Un perro? ¿Un animal feroz?...

Yo no lo veía, sino por las noches, cuando al ir a dormir, mi madre encendía una vela de sebo, más para complacer al Santo que para deshacer las tinieblas tan densas allí.

Ella se iba desvistiendo y al propio tiempo rezaba sus oraciones. Yo seguía sus movimientos y repetía sus palabras en voz alta... Sólo me atrevía a mirar medrosamente a San Jacinto. Tenía El tanta influencia en la vida de mi madre; lo mezclaba ella tan íntimamente a todo el trajín de su vida; lo hacía intervenir tan

decididamente en los vaivenes de los negocios del pan y el aguardiente; le atribuía una participación tan grande en los cambios del tiempo; creía tan ciegamente en él, que yo llegué a formarme una idea abstrusa y desorbitada del Santo... Y llegué a temerle porque hacía llover sin motivo; porque, a pesar de estar escondido allí, lo sabía todo y todo lo gobernaba en el pueblo, desde las nubes hasta el corazón de mi madre, desde el cerro Gutiligún hasta las cruces del panteón. Lo temía sí... : ¿Y lo amaba?...No... no lo amaba... Ahora, ya no tengo miedo de decirlo a todos los vientos. No lo amaba... Lo aborrecía... sí... porque absorbía toda la vida de mi madre... Porque me robaba sus ternuras..... ¿Por qué?

...¿Por qué hacía llover cuando mi madre tenía lista su hornada de bollos tan fragantes? ¿Y por qué, sólo cuando mi madre tenía como comprar grandes velas de cera, para ponerlas a sus pies, al día siguiente no sucedían cosas que pudieran enfadar a mi madre?... ¿Por qué?... Ella le rogaba por los vivos y por los muertos; le rogaba por mí, pero San Jacinto nunca movió un dedo, ni abrió la boca... ¡Nada!... Siempre oscuro, siempre con la custodia en la mano, siempre con su cara borrosa... ¡Siempre!... Yo no comprendía nada...!

¿Por qué mi madre no adoraba mejor a la Virgen del Carmen, tan bonita, a pesar de los "déblicos"? ¿A San Francisco, que parecía un hombre de carne y hueso o a San Juan, el que correteaba el domingo de Pascua anunciando la resurrección del Señor?... O a la Virgen María que tiene sobre el pecho un corazón de terciopelo rojo y hace florecer los campos en Mayo? ¿Por qué prefería a este santo chato, plano, que no se podía tocar y que gustaba siempre de estar metido dentro de nuestro aposento, escondido y esperando siempre las grandes velas de cera?... ¿Por qué...?

Quise comprender y cuando una noche mi madre acababa de poner dos grandes velas de cera y un ramo lindo a los pies del Santo, yo, titubeante, y con mimos demasiado melosos, le pregunté:

- ¿te enojarás mamita, si te pregunto una cosa?

-¡No, muchacho, pregunta no más!

Yo tragué saliva y apenas sin mirarla, dije silabeando:

-¿Por qué, mamita... quie... rés... tú... tan... to a ese Santo tan feo?

Pero mi madre no me arrojó de sus brazos, ni me estrujó enojada. Mas bien me obligó a alzar la cara hacia la suya.

-¡Oye, muchacho, has sido muy malo preguntándome eso!... Yo quiero a San Jacinto porque es bueno y porque mi madre era muy devota de él y al morir se me encargó que siempre lo velara... Ya sabes porqué...

Y a partir de entonces, mi odio hacia San Jacinto se trocó en esperanzado amor.

## NOCTURNO XXI

### MI Nacimiento

Para gerarda Cristina.

-¡Mamita! ¿no haces "nacimiento" este año?

Mi madre, atareada en amasar unas tortas de azúcar, no me contestó. Su rostro coloreado lo veo aún inclinado sobre la artesa.

-¡Mamila! ¿no haces nacimiento este año?

-¡Qué muchacho más fastidioso! ¡Anda, vé, si se ha apagado horno!

Corrí y volví.

-Está ardiendo, mamita!... Pero... dime, ¿no haces nacimiento? Y abrezándole por la espalda la inmovilicé.

- Ella, desasiéndose, replicó con voz zumbona:

-A ver si me traes achupayas y le prestas su San José a tu tía Santitos.

-Corriendito me voy!

Muy pronto encontré compañeros y con ellos pasé a la otra banda del río.

En las cuevas más bajas del Guitilígún cogí achupayas cenicientas y pencosas, achupayas plateadas y crespas, achupayas verdosas y lacias, achupayas moradas y musgosas. achupayas azules, lindas achupayas azules con reflejos de azul de cielo; y también cogí yerbas de las peñas, "husos" de los que crecen a orilla del río, caracoles chiquititos y piedrecitas multicolores. Con todo esto volví a mi casa cuando el cerro Pariacaca ya se iba poniendo oscuro y cuando en los corrales las gallinas se apretaban y cloqueaban para dormir. De paso le pedí a la tía Santitos su San José.

- ¡Ha de ser cosa tuya, malcriado!

- No tía, si mi mamita mi a'mandau!

- Bueno, llévalo. ¡Como lo quiebres, ya veras lo que te pasa!

Mi mamita estaba inquieta.

-Pero, ¿dónde te has ido muchacho?

-¿No me mandó usted a que trajera chupayas?

- Te vas a salir con la tuya.

Eso de "salirrne con la mía" se convirtió en un "Nacimiento", el nacimiento más fantástico que se haya hecho en el mundo y el más pobrecito también.

Y antes de que las campanas de la Iglesia llamara a la misa del "Niño" el nacimiento estaba terminado.

Sobre un baúl edificamos un cerro bien parado con una cueva en el centro; y le pusimos achupayas, achupayas y más achupayas. Forramos la cueva con yerbecitas. Dentro de ella colocamos al Niño, a la Virgen y al San José de la tía Santitos, que apenas cupo con su sombrero alón y con su báculo. Un burrito de palo y una mula de cartón adorando al niño. Pastores y pastoras subiendo por las laderas con carneritos y alforjas al hombro. Por un camino (una hoja seca de sauce) llegaban los tres reyes con sus coronas de latón y sus mantos brillantes. Por el abra de un cerro caía una cascada (hilos de plata arrancados a una casulla del Cura), - la cascada formaba una luna que brillaba tanto (un espejito); patitos de algodón querían beber en ella. Manadas de ovejas de lana trepaban los peñascos seguidas de un perro negro. Un cholito emponchado tocaba su flauta sobre una piedra. Una "yunta" arriada por otro cholito. Un "Yungano" con tantas alforjas y oliendo a pescado salado bajaba en su burro por el camino de Piura. Una cuadrilla de negros "Flanchiquios" subían danzando al son de un redoblante. Sobre el baúl muchas cosas bonitas: una corneta pintada de azul y amarillo, una casita de campo con su arbolito al pie, un payaso con su cara de bermellón y su calzón interminable mitad verde y mitad colorado, una carretita, una mesita, una manzana de "mentíritas", una flor de cera, un caracol grande que mi mamita sacó de su "caja" y que sonaba tan bonito.

-¡Ya no falta nada, mamita!

-¡Cómo no va a faltar!. ¿Y el Ángel?

-¡De veras!

Mi mamita sacó el ángel vestido de azul con alas de

---

papelplateado, y, subiéndose sobre un cajón, lo amarró en la punta del cerro. De abajo parecía que bajaba volando. Más arriba no se veía nada ya. Como era de noche y no había luna siquiera.

- ¡Ahora sí que ya está mamita!

-Todavía... ¿Y las velas?

Mi madre prendió una lamparita y cuatro velas de sebo.

-Y por qué no pones velas de cera, mamita?

Mi madre me abrazó. Tenía los ojos húmedos.

-Al Niño le gustan más éstas, hijito.

En ese momento repicaron las campanas de la Iglesia como locas y se oyeron los cantos de las "pallas" que bajaban da "El Alto" e iban a la misa del Niño:

"¡Vamos pastorcitas!

¡Vamos a Belén!

Que el Niño ha nacido para nuestro bien!"

Pasaron cantando al son de un arpa y de una "caja".

Mi madre me sacó cuando ya se perdían calle abajo.

Y la luna asomó su hoz de papel plateado sobre el lomo del Pariacaca.

**Cuando Jesús Nazareno pasa por mi pueblo, muere y resucita en él...**



I  
**Domingo de Ramos**

Para Julio Cisneros.

-¡Mi palma sí que va a estar bonita!

-No, la mía sí que estará más mejor que la tuya.

-No; pa'que veas, mi hermana la grande le va a poner tantos lazos y la va a tejer de arriba abajo.

-¡Anda! si mi mamita es la que mejor teje, pa'que veas, y a ella le llevan toditos los años la palma del Señor...

-¡No, pues...!

Después de este diálogo sostenido con un chico que vivía cerca, me metí en mi casa, de refilon, pues ya eran las nueve dadas.

Encontré a mis hermanas afanadas en alistar sus ropas y lazos para la misa y procesión de Ramos.

-¡Nunca tiene una vestidos que ponerse...!

-¡Eso podría decir yo...!

Prescindí de este disturbio entre mis hermanas menores y me acerqué a la mayor que, cerca de una mesa grande; sentada muy derecha sobre un taburete, daba las últimas puntadas a una pollera que quería estrenar al otro día.

-¿Y mi palma?... :

-¿Qué palma...?

-Mi palma para la procesión, que me ofreciste el otro día.

-Con lo bien que te has portado estos días ya ni me acordaba... No han traído todavía ninguna... El cholo Toribio me ofreció traer unas de Lagunas y no ha cumplido... Quizás llegue mañana tempranito... ¡Anda,... acuéstate!

---

Remolonamente me fuí a la cama. El sueño llegó tarde y a tumbos. ¡Vi tantas y tantas palmas bien vestidas en manos de los otros muchachos, que pasaban haciéndome zumba; y yo, nada, ni una palmita "churre" de cuatro hojitas, siquiera!

-¡Hummmmmmmmmmm!...

-¡Que hummmmmmmmm ni hummmmmmm... ¡Levántate o lla-mo a mi papá!

Refunfuños. Sobones con el agua fría. Los apretones de unos zapatos nuevos de "cordobán". Jalones para que la ropa se me amoldara. Raspetones de la camisa bien almidonada... Yo ni quería abrir los ojos de rabia.

-¡Ni te has persignado siquiera, malcriado!... Bien mereces ir sin palma a la misa y a la procesión!

Refunfuñé más...

Salí a empujones...

-¡Oye, ven, toma!...

Volví de mala gana.

Mi hermana me alcanzó una palma, pero, - ¡qué palma! Una palma que de grande se doblaba, de brillantes hojas amarillas y qué bien tejida y con tantas cintas! Lazos azules y morados; hasta mi corbata que me regalaron mis tías de Amaluza estaba en lazo.

-¡No la merecías!

Di un brinco, abracé a mi hermana y salí corriendo, y corriendo corriendo me fui a la iglesia.

Ya al entrar me encontré con el chico de la noche anterior que llevaba una palmita muy chiquita. Pasé dando de codazos, bamboleando mi palma.

La iglesia estaba que hervía de gente. Velas encendidas, bultos y palmas. La misa ya concluía.

Principió el remolineo para la salida de la procesión... Los cholos y las cholas que estaban cerca de mí fueron levantandose como para abrimme paso... Cuchicheos...

-¡Ya traen la burra blanca pa'que monte el Taitito!

Pasó la burra y se perdió entre las palmas, los bultos y las velas... Se acentúo el remolineo... El bombo principiò a prevenir a los músicos... Dió su llamada el clarinete... Estalló la música... Apelotonamientos... Tropezones... Todos queríamos quedamos atrás

para ir cerca del Señor... Fuimos saliendo a empujones... Yo procuraba cuidar mi palma que, a pesar de sus lazos, no llamaba la atención de los indios que llevaban las suyas desnudas y trémulas...

Al fin salimos... Afuera, la plaza me pareció qué grande... Las casas del pueblo, escalonadas al frente de la iglesia, parecían asomarse más a sus puertas... Detrás, los cerros, con sus nuevos vestidos verdes, se reían, y las nubes, recién levantadas, enseñaban los senos y se jalaban unas a otras; y, más arriba, el cielo bien azul, bien lavado, bien planchado.

Tremolaron las palmas trémulas de los indios... Palmas verdes, palmas verdenilos, palmas amarillas, palmas sin lazos, palmas desnudas que se inclinaban hacia la puerta de la iglesia. Y las palmas de las gentes del pueblo, la mía también, con sus cintajos, sus complicaciones, sus maromas, no parecían palmas y se doblaban para el otro lado de la puerta de la iglesia... Apareció el Señor montado en su burra blanca. Vestido de rojo, con sus cabellos castaños ensortijados, su sonrisa dulce, sus potencias de oro y su palma mas adornada que la mía... Detrás, los músicos... Las palmas de los indios, agitadas por el viento, tejían arcos y música para que pasara el Señor...

Y al Señor - lo veía bien -le pesaba su palma tan adornada, tanto como su vestido de terciopelo y sonreía más en piedad cuando le rozaban las palmas de los indios, trémulas y desnudas con olor a montaña y a corazón ingenuo.

Mi palma me pareció fea... ¡que fea!... De no acordarme que mi hermana había trabajado tanto para mí, la habría botado...

Los músicos tocaban casi casi una cumanana con su bombo, su clarinete, su pistón y sus platillos, escandalosamente.

Sentí un jalón... Era mi hermana mayor.

-¡Rézale al Señor para que te haga bueno!

-¿Qué es de tu palma?

-¡Aquí está!

-¿Por qué la escondes?

No contesté nada... Sólo vi que élla llevaba una palma desnuda como la de los indios... Sorprendió mi mirada.

¡Muchachito... muchachito!... El Señor no se fija en los adornos... Por eso le gustan más las palmas de los indios... Yo

también creía antes como tú...

Y me apretó tiernamente el brazo...

Mis ojos se enturbiaron y a tirones le quité los lazos a mi palma, y, desgrefñada y lacia ya, la tendí en el suelo para que pasara el Señor...

### II

#### "La Tumba"

#### (Martes Santo)

Para José Jaime Aicúa.

¡Martes santo de mi infancia ya vieja, como revives en mí, sobrecogedor y en carne cruenta y desnuda!

¡Martes santo, sangrante de recuerdos; sangrante para mi corazón huérfano y en llaga; sangrante por la faz amoratada del Nazareno, que me encarana por sobre todas las manos que ya se aquietaron!

Martes santo, trémulo y en Cruz, cómo te yergues en mí, ahora!

¡Viejo Martes Santo!

Mi hermana mayor recibió de mi madre el voto de venerar y hacer venerar a Jesús Nazareno.

Un Jesús Nazareno; Jesús, único Jesús que coincide con el Jesús que después han esculpido mi fé y mi esperanza. Un Jesús llagado, demasiado llagado; con los ojos llameantes, a pesar de los tajos de la frente y de las espinas punzantes; con la boca en rictus, desesperanzado, humano demasiado humano, con las manos verdinegras, pero dulces, de una dulzura pronta a los gestos del amor y del "Levántate y anda"; con una pomposa túnica que decora todos mis recuerdos como una suntuosa víñeta: con la corona verde y las tres potencias doradas, que a mí me hacían doler tanto.

A este Jesús, al que yo sólo veía los Martes Santos, cuando mi hermana mayor lo sacaba de su altar, y rezando, en voz baja, lo

lavaba con Agua de Kananga, lo vestía con su túnica, le ponía las "potencias" y le disimulaba la cuerda de las manos con una sarta de jazmines tan olorosos, recién cogidos de los jardines del pueblo. A este Jesús, al que no pude mirar de cerca, *sin* que se me enturbiaran los ojos, lo veneraban desde tiempos há, los indios de la comunidad de "Cabeza". Y mi madre, primero, y mi hermana mayor, después, fueron sus guardianas.

Cada Martes Santo se construía en mitad de la iglesia una "Tumba" (¿por qué "Tumba"). Siempre me pregunté el porqué del nombre. La Tumba consistía en un andamiaje piramidal, de mesas superpuestas, bien sujetas unas a otras, formando gradería.

Se procuraba que la "tumba" fuera altísima y una vez vestida con manteles y bendones, ramos y velas, era subido a la cúspide, Jesús Nazareno, él, que ya arriba, siempre me parecía pronto al anatema y al consuelo.

Desde una semana antes iban llegando a mi casa los cholos de Cabeza. Llegaban arrastrando sendos magueyes y llenas las alforjas con cabestros negros y sogas de cabuya para las amarras de la Tumba.

El Lunes Santo, los indios, siempre "chispas", Dormían en los corredores que contorneaban el patio de mi casa, no sin oír densos "sermones" de mi hermana, quien siempre temía que la Tumba no se llegara a armar o no resultara segura; y el "caporal" era el depósito de las prevenciones y de las amenazas... Siempre sucedía que una pelea entre dos "compadritos" alborotaba la casa, al mediar la noche.

Pero el Martes Santo, desde antes del amanecer, comenzaba los trajines. Angustias de mi hermana. Carreras de los indios. Carreras mías a prestar a doña Mariquita, a doña Rosita o a doña Andreita algún "rodapié", algún mantel, "aunque sea una sábana", algún florero, alguna cortina. Algo, algo que siempre faltaba.

Al fin, a la "'oración', justamente, cuando llegaba el sacristán para llamar a las "Tinieblas", ya "Jesús Nazareno", cuyas potencias rozaban el techo, estaba arriba, muy arriba, inaccesible y sobrecogedor; y sus llagas, vistas desde abajo, eran más llagas. Remoto él, envuelto en penumbra que no alcanzaban a disipar las llamas de las "ceras", parecía que acababa de bajar a través del techo y que seguiría bajando, grada por grada de esta "Tumba", que ya no era "Tumba" sino escala de misericordia, hasta venir a posar sus manos atadas sobre la cabeza

hirsuta del indio Timoteo, o sobre la cabeza lacia de la india Encarna, o sobre mi cabeza asustada... ¡Oh, no...! ¡Sobre mí, no, Señor!... Y yo temblaba siempre... Y esperaba siempre cada Martes Santo...verle bajar, cuando ya sólo ardía la última vela del candelabro de las "Tinieblas"... Pero no bajaba...!

    Mi hermana, más bien, esperaba que subiera siempre más.

    Los indios sabían que estaba allí y que allí estaría el año siguiente, y el otro año también... Y al desatar la "Tumba", todos los Miércoles Santos, ellos guardaban la sogas y los magueyes "p'al otro año", seguros de que el Nazareno siempre les esperaría para que lo subieran a su "Tumba" y para que lo bajaran de ella siempre, siempre...

    Todos los años las lluvias coincidían con la Semana Santa, y entonces, mientras los indios amarraban y martilleaban adentro, en la iglesia, afuera, las nubes se iban apelotonando y encolerizando hasta que, frenéticas, bramaban, hacían temblar el pueblo y precipitaban las "Tinieblas"... Y era entonces que yo temía más que Jesús Nazareno comenzara a bajar, de grada en grada, sin acordarse de sus llagas, suaves las manos y dulces los ojos...

    El último Martes Santo que yo pasé en mi pueblo -- ¡cuán remoto ya! - era de noche, había terminado el quinario salmodiado por los truenos y la lluvia a cántaros; los indios apagaban - soplando - las velas, de las que no quedaban encendidas sino cinco en la primera grada de la "Tumba", cuando retumbó sobre el techo un trueno estrepitoso y un resoplido del viento consumó la oscuridad... Los indios, entonces, pávidos, gritaron: "¡Ay, mi Amito, perdón... Perdón!", Y yo, mudo, con el alma toda a lo largo de la piel, en mi desvarío, percibí cerca el perfume de los jazmines con que mi hermana acostumbraba a disimular la soga que, despiadada, amarraba las manos en llaga del Nazareno... Sí, era el perfume de esos jazmines... Y sentí hasta un contacto suave, como de ala, al ras de mi frente... Sí... ¡Alma mía, ilusionada, alma transida, tú crees que fué así...! ¡Y es esta la única ilusión, alma mía indefensa, la única que no se te ha desgajado porque fué la más ilusión;...

    Prendida una vela, presurosa, trémulamente, yo fui sacado a rastras de la iglesia por mi hermana, mientras el Timoteo, la Encarna, el Julián, la Ramona, el Eleuterio y la Cleofé, temblorosos, arrastraban sus ojotas detrás de nosotros, mascando llanto: ¡Perdón, Amito! ¡Perdón, mi

Señor!

## El "Encuentro"

(Miércoles **Santo**)

Para Juan María Merino Vigil.

El cielo es de terciopelo azul oscuro y en él hay estampados unos puntitos de papel plateado. Las campanas del pueblo se han callado desde el mediodía, y en su lugar, suenan sólo las "matracas" carraspeantes y trágicas. El pueblo está quieto, con la quietud morbosa del visitante que, en la habitación contigua a la de un moribundo, espera que éste se muera pronto. Al río, que ha crecido desde hace dos días, no se le ocurre sino bramar y bramar. ¡Y ha de estar qué negro y desbordante. Hileras de mujeres enmantadas repletas de silencio y de fanatismo se arrastran por las callejas.

Hay una sola puerta con luz: la de la iglesia que atrae y se traga las hileras de mujeres enmantadas. Aullidos monótonos e intermitentes se cruzan sobre el pueblo y los cerros los repiten y alargan con sus mil bocas invisibles. La plaza se ha convertido en un charco negro. Las casas se han puesto a dormir como los cuervos, escondiendo el pico debajo de las alas.

Yo, prendido a la pollera negra y crugiente de mi madre, ando a tropezones y me dejo tragar también por la boca llameante de la Iglesia.

Chisporroteo de velas, montones de bultos negros, tufonadas de zahumerio y de incienso, cruqir de fustanes almidonados. carraspeos del maestro cantor, aullidos lejanos. ronquidos del río, gangueo del Cura panzudo, dos andas que parecen ascuas, altares tapados con trapos morados, chillidos de chicos miedosos, cantos gimoteantes de los indios de la campiña.

---

Las sombras se levantan, las velas principian a caminar al mismo tiempo que las sombras, las andas se mueven, los músicos - un bombo, un clarinete, un flautín y un redoblante - tocan una tonada absurda y desgarradora.

Sale el Anda de Jesús Nazareno entre el remolino de los bultos negros, las velas y los braceros de las zahumadoras. Y yo noto, cuando el anda pasa, que el rostro de Jesús Nazareno está más llagado que nunca y que sus ojos se cierran como para no ver al Cura panzón, cubierto con su bonete mugriento, que lo inciensa y le hace venias. Los lloros de las indias se van detrás del anda del Taitito.

La iglesia se va quedando casi en tiniebla cruda. La otra anda se ha quedado quieta. Está sin adornos. Sobre ella, la Virgen de los Dolores llora por su hijo y con las manos juntas parece que quiere enjuagarse los ojos. Yo iquiero llorar también. La Virgen tiene un manto negro, y sobre ella, un palio negro con estrellitas de oropel; remeda el cielo que, afuera, aplasta al pueblo. Los ojos de la Virgen, vueltos hacia arriba en arco agudo de imploración, taladran el techo negro del anda, el techo negro de la Iglesia y el techo negro del pueblo, que es el cielo.

Mi madre me jala.

-¡Vamos, muchacho! ¡Tenemos que ver el "encuentro"!

Y salimos. El río grita detrás de la Iglesia. La quebrada del Cau brama sordamente. Un vago rumor lúgubre señala la marcha de la procesión. La plaza una laguna negra y las casas, como tucos sedientos, se inclinan sobre ella.

Mi madre rezonga y me arrastra.

Una calleja torcida de casas viejas, que viene de El Alto y se quiere precipitar al río. Pretilos desnivelados, piedras fuera de su sitio, puertas viejas a medio abrir, techos bajos y musgosos. paredes rajadas.

Baja de arriba Jesús Nazareno. Sube de abajo la Virgen de los Dolores.

Todos los bultos se apelonan en el cruce de dos calles, que es el "cruce" del "encuentro" tradicional, y alzan las cabezas... Esperan... Yo espero también... Mi madre reza. mirando a la Virgen que ha salido en busca de su hijo...

Ya las andas se acercan. El río se ha callado. Los músicos



---

también. Hasta las casas parecen mirar por los ojos muertos de sus ventanas. Yo me abrazo más a la cintura de mi madre...

Jesús Nazareno avanza y avanza la Virgen... Avanzan más el uno hacia el otro... Repentinamente parece como si se reconocieran. Un murmullo bronco puebla el aire... Jesús Nazareno hace una venia a la Virgen. La Virgen hace otra venia a Jesús Nazareno... Se acercan más y repiten las venias una segunda vez y una tercera vez. Mi madre, trémula, se pone de rodillas y me aprieta contra su pecho...

Y la Virgen se coloca al lado de su hijo y con él se va calle abajo.

Una voz de mujer dice debajo de su manto negro:

-¡La Mamita no se ha sonreído como el año pasau!

Mi madre temblona, temblona, silabea, con voz que yo sólo

oigo:

-¡Virgen Santa de los Dolores, que yo no pierda a mi hijito!

Y junta su cara llorosa a la mía.

IV

Tinieblas

(Jueves Santo)

Para Manuel Briceño.

La Noche, con su manto hecho pedazos por el viento y por los truenos, apenas alcanza a tapar la plaza, la iglesia y mi casa. Se apura a prender en los picachos filudos del Guitiligún, del Pariacaca, del Cajas y del Pundín las cuatro puntas de su manto inflado y lleno de huecos, pero en vano. El viento lo rompe más, y los truenos, sobre él, se ponen a jugar con grandes toneles llenos de piedras... Me invade el miedo de que al fin la Noche no pueda amarrar su manto donde ha plantado desde el principio de los principios sus cuatro horquetas; y me invade también el miedo de que los truenos se caigan con sus toneles sobre el pueblo y no quede nada de la iglesia, ni de mi casa, ni del horno de mi madre...

Sentado en el pretil de mi casa, aterido, pávido, espero con los ojos clavados en el cielo, el cataclismo final.

El traqueteo y las locas carreras de los truenos abomban y estiran el manto entintado de la Noche.

Tra ca Tra ca Tra ca Tra ca.

Tra ca Tra ca Tra ca Tra ca.

Pasan unas mujeres enmantadas, arrastrando zuecos que suenan como hueco triqui-traque sobre las piedras; pasan muy apuradas hacia la Iglesia.

Tra ca Tra ca.

Tra ca Tra ca.

Tra ca Tra ca.

Pasa una mujer más, enmantada, y con una alfombra debajo del brazo. Apenas alcanzo a reconocerla. Es mi madre.

-¿Qué haces allí?... ¿Qué no oyes la matraca?... ¡Ya es hora de las Tinieblas!... ¡Vamos!

Tra ca Tra ca Traca.

La voz seca y carraspeante - como de vieja - de la matraca ronda fuera de la iglesia.

-¡Ya voy mamita!

Pero no me muevo pronto. La voz de la matraca no me parece sino la repercusión de los volatines de los truenos... Ya la Noche ha prendido tres de las puntas de su manto.

Y me levanto, ya, ligero... Corro para alcanzar a mi madre... La matraca sigue corriendo y gritando desde una punta de la Iglesia hasta la Cruz Misionera, ronca y falaz.

Tra ca Tra ca Tra ca

Hasta que se mete a la Iglesia cuando mi madre y yo subimos la gradería de piedra.

-¿Y para qué son las Tinieblas, mamita?

-¡Ya principias con tus preguntas, muchacho!... El Señor Cura dice que es malo preguntar mucho!

Hay Un silencio que llena el alarido ululante de un trueno lejano e interminable... Mi madre salmodia la voz del trueno.

-Las Tinieblas son para enseñar como quedó el mundo al morir Nuestro Señor... y...

Pero ya estamos en el umbral de la iglesia y tengo que tragarme mi última pregunta... La puerta de la Iglesia nos engulle, oscura, como una tarasca. Antes que nosotros la Noche había metido en ella una de sus manos tan negras...

Prendido al pollerón crugiente de mi madre camino dando tumbos...

-¿Qué no ves ci.ónde pisas, mocososo?

-¿Qué no tienes ojos, malcriado?

Y mis pies se siguen enredando entre las polleras, las alfombras y los gritos de las viejas beatas.

Después de un rato, acostumbrados los ojos a la oscuridad,

alcanzo a ver dos velas encendidas, y detrás de ellas adivino la figura ancha del Señor Cura que espumajea latines.

Por mas que busco las cosas familiares de la Iglesia no las hallo...

Negror... negror... negror... nada mas...

-¡Ma... mi... ta...!

Digo con quedo y medroso silabeo.

¡Calla muchacho!... ¡Reza el Credo!... ¡A ver...!

-¡Ma... mi... ta...!

-¡Reza, no más...!

Suena la voz glutinosa del Cura y se apaga la penúltima vela... Se hace más vaga la figura del Cura... Yo ajusto la mano de mi madre, que va pasando, entre ave marías unciosas, las cuentas de su Rosario.

-¡Reza el Padrenuestro, marrajo...!

-Padre Nuestro... que...estás...

Se borra del todo la figura chata del Cura... Tembloroso, me agarro a mi madre, que parece rezar entre sollozos.

De súbito grita agudamente una vieja...

-¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Se encienden unas velas... Se arremolinan polleras y aspevientos...

Mi madre no se mueve... Sigue rezando... Pasa una mujer almidonada cerca de nosotros...

-El Demonio debe haber sido, misia Antuquita, el Demonio, no más... ¿Quién otro, pues?... ¿Sabe usted?... L'ia caido una bola tamañaza de cera a ña Catita, en la misma boca!... ¡Pobre, no?...Pero bien que se lo merece, por cuentista y "revecera" ¡Ay!... Pobre!

Y la empollerada se va cansada de esperar que mi madre le conteste. Ella me persigna.

-No hagas caso de esos embelecocos, hijo... ¡Reza el Bendito, y Vámonos...

Al salir, entre un tumulto de mantas y cuchicheos, veo que, afuera, la Tiniebla no es tan densa y que la Noche ha podido prender ya su manto más azulmarino, mas terso y mas recamado de estrellas a las horquetas tenebrosas del Guitiligun, el Pariacaca, el Cajas y el

Pundín... y los truenos se habrán ido, dejuro, a seguir rodando sus toneles por la jalca.

Detrás del Pariacaca asoma su cuadrante la luna, como de plata brunida.

- Ni pienses en irte a jugar!... ¡Ya es hora de dormir!...

Y a la casa me voy a rastras, detrás de mi madre, mientras la Luna que ya pisa la frente combada del Períacaca, quiere saltar desde allí, como de un trampolín, a la cresta del Guitiligun.

### V

## El “Carbunclo”

### (Viernes Santo)

Para Camilo Blas

Noche de Viernes Santo sobre el pueblo y sobre mi ánima trémula.

Después del sermón y de las Tinieblas comimos cosas ligeras y yo salí con mi madre al corredor de la casa cuando ya la noche estaba entrada. Ni una sola estrella. Sobre el pueblo un toldo de niebla espesa y betunosa. El cerro Guitiligún, pétreo y alucinante, era como un cuajarón de tinta china, de una negrura profunda e infernal. Su cumbre se hundía entre la tapa brumosa que borraba los luceros.

La gente de la aldea dormía ya. Las casas sombrías y pequeñas, se acurrucaban, medrosas, unas junto a otras.

De rato en rato un trueno estridente golpeaba las nubes y los montes alargaban su voz que se perdía en un alarido lejano.

Al trueno seguía un relámpago azulado como llama de alcohol, y a su luz súbita las casas parecían un rebaño de ovejas perseguidas por los lobos.

Yo me envolvía la cabeza en el pañolón de mi madre para no ver.

-¿ y por qué no ha habido Procesión mamita?

-Por que va a llover. ¿No oyes los truenos? Se habría mojado

el Señor.

La voz calmosa de mi madre era la única luz en la noche. Un trueno y un relámpago cortaron el diálogo.

La "Sánora" se puso a bramar de repente.

-¡Cómo habrá llovido por arriba!, dijo mi madre alisándome el pelo. Mañana va a estar el agua negra.

Un ruido de zuecos me hizo sacar la cabeza.

Era doña Juanita, que venía de por abajo, con un farolito en la diestra y un palo nudoso, a manera de bastón, en la otra mano. La luz rojiza y débil de la vela de sebo que ardía dentro del farol, ahondaba las arrugas de la vieja, hacía más curva su nariz y daba un brillo maléfico a sus ojos; la manta le formaba un cucurucho agorero sobre la cabeza. Bien vista no me parecía que fuera la misma doña Juanita de todos los días. La veía más flaca y como sin ojos.

-¡Señora Antuquita, que, pues, no se acuesta usted tuavía?

-Si es temprano doña Juanita. ¿y usted de dónde viene?

-¡Catay! de ónde la Rosario que me llevó a su casa a tomar chocolate después de oír el sermón de la Soledá.

Otro trueno y otro relámpago.

-¿Se habrá usted quedau ajuera señá Antuquita, por ver el "carbunclo"?

-No me había acordado de eso, doña Juanita. Yo no lo he visto nunca.

-Yo sí lo vide hace unos cuatro años, dijo la vieja del farol sentándose sobre el poyo. Dicen que sólo sale cuando no hay procesión del Señor de la Urna. Ese año llovió como ahora a cántaros.

Uno, dos, tres, cuatro truenos convulsionaron las nubes y las montañas gritaron como los perros cuando ven al diablo.

Y entre relámpagos se desató un aguacero copioso y furioso.

-¡Qué tiempo, Virgen del Carmen! dijo mi madre.

Doña Juanita tenía los ojos fijos en el cerro Guitilígún como si esperara algo repentino.

Súbitamente la ví estremecerse. Yo me acurruqué más.

-¡Allí está el carbunclo, señá Antuquita!, dijo. Mire usted a la falda del Guitilígún!

Y miramos. Una luz cárdena brillaba lejos y corría por los repliegues del cerro. Iba de un extremo a otro como loca.

Yo me abracé a mi madre, tembloroso.

-¿ y que es eso marnita? pregunté a media voz.-

-Una luciérnaga muy grande, según dice mi compadre Domingo, contestó mi madre.

Un rayo cayó sobre los cerros del Poniente.

El carbunclo se apagó un instante y volvió a brillar.

-No señá Antuquita, eso no es cierto. Don Domingo que va a saber si es un hereje. El cholo Hermenejildo de Cascamache, lo ha visto y dice que es un farol tamañazo...

-¿ y el farol camina solito?

-No. El Hermenejildo cuenta que lo lleva un un hombre muy grande, negro y peludo. El Hermenejildo no se acuerda mas, por que cayo privado y echando espuma.

-¿ y quién será ese hombre?

-¡Quién ha de ser? El demonio, seña Antuquita. Sale a buscar la tumba de Nuestro Señor y como no la encuentra corre por todos lados.

El Carbunclo siguió corriendo y corriendo.

Yo, convertido en un muñeco desmadejado.

Mi madre se santiguó, en silencio, y conmigo en los brazos, entró en la casa.

Un último trueno y un grito agudísimo de la vieja me traspasaron el cráneo y fueron a clavarse en mitad de la noche.

VI

**Sabado de Gloria.**

Las casas del pueblo madrugaron más que nunca. La mía, que tenía sus puertas hacia el Oriente, abrió sus ojos, y por ellos se asomaron los míos. Ellos vieron cómo el Sol mordió el lomo rojo del Pariacaca y luego fué subiendo, subiendo por el azul como jalado por hilos ínvicibles. El cielo, lavado y bruñido, en azui sin fin. Y era más azul porque sobre los dientes de las montañas, ya cansadas de remedar la furia de los truenos, las nubes, escarmenadas, laxas, gelatinosas, enredaban sus volutas blanquísimas.

La mañana, casi gritaba de tan alegre y yo la ví revolcarse desnuda entre los vellones esponjosos de las nubes y dejarse rodar por los flancos salvajes del Guitílgún hasta el rio que ya no bramaba.

Las campanas de la iglesia, con sus repiques nuevos, después de tres días de silencio, azuzaban a la mañana en sus revuelos y algaradas.

Yo sabía, porque se lo oyera al Señor Cura y porque se lo oyera a mi madre, que el Señor resucitaría al tercer día y el Tercer día no había llegado aún. Por eso no me explicaba porque la mañana, las nubes, las montañas y las casas estuvieran tan alegres, tan alegres.

Fuí corriendo a la Iglesia que estaba abierta de par en par y hallé que varias mujeres enmantadas se ocupaban en quitar de los altares los trapos morados que colocaran el Lunes Santo.

Ya no ví por ninguna parte la Urna, donde, acostado se quedó el Señor Muerto, después del sermón tan largo que dijera, casi a



gritos, el Señor Cura el día anterior.

Pregunte y nadie me supo dar razón.

Insistí en preguntar a las enmantadas.

-¿Cuándo resucita el Señor?

Hasta que una de ellas, con voz afilada, me dijo:

-¿ Que no sabes? El Señor resucita mañana.

Cuando salí de la Iglesia, la Mañana madura ya, se dejaba la sombra por la hoz del Sol mientras subía a trancos largos por los filos de los cerros del Poniente.

Y pensé que el Señor se había apurado a resucitar.

VII

**Domingo de Resurrección**

Para José Cisneros D.

Por más que quise madrugar otra vez para estar despierto cuando resucitara el Señor, me dormí como una piedra.

Cuando desperté y salí. casi con los pantalones en la mano, las gentes del pueblo se iban a la Iglesia, urgidas por los gritos estentóreos de las campanas. Mi madre ya no estaba y no tuve a quién preguntar si ya el Señor había resucitado.

El Sol andaba lejos de los cerros y le seguían de cerca, galopando, unas nubes locas. Y por encima y por todos lados el azul del cielo era más azul que el día anterior.

Parado en mitad de la calle, con los ojos en el zenit, busqué la rotura del cielo por dónde había entrado el Señor, o por dónde habría de entrar. Pero, ¡nada! Ni una rendija. El azul estaba pulido como un cristal. Un muchacho me sacó de esta averiguación con un golpe en la garganta.

-¿Qué miras tanto p'arriba?

No atiné a contestar... Luego me fijé que mi amigo estaba bien endomingado y planchado.

-Vamos a ver la "barbacoa" que están levantando en la plaza pa' la procesión de esta tarde!

-¡Vamos!

Fuimos. En una esquina de la plaza, la próxima a mi casa, precisamente, un hervidero de indios se arremolinaba. (Sombreros flecados y chorreados sobre ponchos rojos, cabritillas y plomos. Mas sombreros encintados con flores frescas sobre llicllas oscuras y

pollerones en revoltijo). Los indios cortaban magueyes, cavaban huecos entre las piedras y amarraban palos. Las indias alcanzaban las sogas de cabuya negra... Pronto, entre aúpas y chillidos, cuatro enormes magueyes, plantados en los huecos, se irguieron derechos hasta ponerse al nivel del techo de mí casa, que era el más alto. Se subieron cuatro indios jóvenes abriendo como horquetas los dedos de sus pies, casi hasta las puntas de los magueyes, amarraron atravesados otros magueyes chicos y comenzaron a tejer un techo con un hueco cuadrado en el centro. Mientras, los otros indios adornaron los "pilares" de la "barbacoa" con ramas de molle y de retama.

... Pero tuve que salir de entre el montón a la "lamada" para vestirme...

-No dejes de ir a la procesión... Y después subimos al balcón de tu casa ¿bueno?, me dijo atropelladamente mi amigo.

Quedó convenido así, Almorcé atoradamente.

-Tendrán que sacar la procesión más temprano, ahora, porque parece que va a llover, dijo una de mis hermanas.

¿A llover? y miré por la ventana. Detrás de los barrotes ya no hacía azul, sino nubes. Por poco no se me cae la cuchara de la boca.

-¡No lloverá! ¡El Señor no ha de permitir! dijo otra de mis hermanas.

Hubo que dejarse vestir. Cuando salí ya la "barbacoa" estaba lista y había más gente. Las campanas comenzaron a repicar y a sus tintineos las nubes, que principiaban a apelotonarse, a empujarse, a descriñarse, se fueron cada una por su lado. La plaza, que antes bostezaba bajo el toldo gris, brilló con sus millares de piedras y reverberaron las fachadas de las casas del frente... Me fuí a la Iglesia con tres chicos. Ya era la hora de la Resurrección... Las campanas redoblaron sus repiques. La música sonó dentro de la Iglesia... Corrimos más... Cuando ya llegábamos a las primeras gradas salió San Juan, muy alegre, sobre un anda. Los indios que la llevaban corrieron a todo correr.

Me quedé parado...

-Es San Juan, que sale a darle la noticia que ya resucitó Nuestro Señor, dijo un muchacho grande.

Y San Juan se echó a correr por la plaza... Luego salió la Magdalena, ya sin manto negro, con su cabellera de oro al viento,

alegre también; y también aunque menos impetuosa, se echó a correr cargada por los indios... Luego salió la Urna del Señor, pero con ramos de todos colores; en medio de la urna un bulto envuelto en un manto blanco

-¡Allí va el Señor! Dijo uno cerca de mí... Yo, atónito quise penetrar en el misterio, inútilmente.

Luego apareció otra anda entre montones de indios. Sí adiviné a la Virgen bajo el manto negro que la cubría toda.

-Ahora sí vámonos al balcón de tu casa, dijo mi amigo y me arrastró irás de sí a jalones.

Llegamos acezando al balcón cuando ya estaba lleno de toda la parentela bien emperifollada. Apenas si conseguimos sitio en la esquina del balcón, frente a la "barbacoa", San Juan seguía corriendo por la plaza entre los gritos alborozados de los indios... Pasó la Magdalena, más tranquila, sonriente y arrobada... Se acercó la urna del Señor y al pasar debajo de la "barbacoa", se detuvo: se abrió una "nube" y, entre flores y palomas blancas, bajó un angelito que jaló el manto y apareció el Señor de pié, casi desnudo, tremolando un estandarte rojo. Había resucitado. Lo ví. Lo creí. Las campanas gritaron como locas.

Los cohetes sonaron primero sobre nuestras cabezas y luego dentro de los cerros.

Las nubes corrían, arriba, más alocadamente, que San Juan abajo... Pasó la urna sobre las cabezas maravilladas de los indios. El "angelito" volvió a subir y cuando pasó el anda de la Virgen, volvió a bajar y le quitó el manto, y la Virgen lució su cara alegre, su manto salpicado de rosas y de estrellas de oro...

-¡Ese angelito es mi hermanito p'a que veas! dijo mi amigo.

-¡Qué va a ser tu hermanito, si es un angelito del cielo!-

-¡Zonzo! No, es mi hermanito pa que veas. Yo vi cuando mi mamita le hizo los "crespos" y le puso las "alas"... ¡P'a que veas...!

Con el filo de una ilusión a medio romper me bajé mejor del balcón y me fuí detrás del anda de la Virgen... Y así pude ver cómo, al entrar a la Iglesia, el cuerpo desnudo del Señor, iluminado por el Sol que ya se escondía tras el cerro Guitilígún, era de carne esplendente e inmortal y sus ojos fulgían con la revelación última...

... Y, despues, estos epilogos amargos e inevitables...

## La Despedida

Para mi madre, ya ausente.

-¡Oiga usted, mañana es el viaje!

Mi padre me dió la orden con voz de amo, seca y áspera, sin mirarme siquiera.

Yo lo miré con ojos desorbitados, quise gritar y, al fin, salí de la casa dando tumbos como un autómeta... Ya, afuera, corrí, corrí hasta la "otra casa", y mi madre, que ya lo sabía, me recibió llorando. No me dijo nada, pero me apretó contra su corazón... Para mi ya no hubo otra cosa en el mundo y quise morirme cuanto antes.

La noche aplastó al pueblo con una losa negra... ciega; sorda y muda... Estaba inmóvil y mis ojos, tan acostumbrados a distinguir la línea divisoria entre el cielo y las cumbres de los cerros, entonces no sabían encontrarla; y en mi espanto creí que la cordillera había enlazado sus aristas por encima del pueblo, encerrándolo para siempre...

... No pude despedirme de la Iglesia, ni del río, ni del Guitiligún, ni de la plaza, ni del "Alto", ni del corredor de la tía Rosita, ni de la Escuela, ni de la Cruz Misionera, ni de Jesús .Nazareno, ni del horno, ni del maguey del corral, ni siquiera del tinajero, porque todo se había borrado de repente...; y sólo quedábamos, aislados y pávidos, bajo tanto negror, mi madre y yo: mi madre que lloraba y yo que ya no sabía ni llorar.

Mi madre me arrastró hacia su aposento. Pasé la noche sobre su pecho que estaba más tibio que nunca... Trémulas sus manos me acariciaban la cabeza, esta pobre cabeza hueca que no encontrará jamás almohada mejor... Quería arrullarme *como* cuando era niño, pero su voz se quebraba a cada rato... entonces me oprimía más

contra su corazón y sobre mi cara crispada llovían sus lágrimas.

-¿Por qué quieren mandarme lejos, mamita?

- ... Tu papá... quiere... que...estudies...

-¿Para qué, mamita?

-Para... que... seas... doctor...!

-Yo no quiero irme mamita... Yo no quiero ser doctor... Yo quiero quedarme con usted, siempre... siempre... ¡Defiéndame usted cuando vengan a llevarme! ¿Bueno?... ¿Me oye usted, mamita?

... ¿Bueno?...

-No, hijito... si tienes... que

Mi madre ahogó un grito y me apretó hasta hacerme daño...

La vela de sebo que ardía bajo la imagen de San Jacinto quiso apagarce y mi madre la despabiló, y se puso a rezar...

-Le rezo a San Jacinto... para que te vaya bien y para que no olvides a tu viejecita...

-Yo no... quiero irme... mamita...!

Sonó un golpe en la puerta y mi madre me abrazó.

-Ya es hora, dijo una voz afuera.

-¡Mamita, diles que no voy!

Mi madre me tomó en sus brazos como cuando era pequeño, me dió un beso, largo, largo y luego dijo:

-Entren!

Y me llevaron gritando...

¡Y ella se ha muerto ya...! ... Y yo no soy doctor!

## NOCTURNO DE LA PRIMERA ALBORADA

Yo creí entonces que jamás dejaría de ser niño y que siempre subiría con mi madre al lado, la cuesta del primer día y la del día siguiente, siempre, siempre y que a cada cansancio mío ella volvería a mirarme con sus ojos dulces y me jalaría tras de sí con sus dedos encallecidos y prietos. ¡Pero esa mañana ya no es más! ¡Ya no!

El cielo es más bien violeta que celeste; las nubes ya no corren y ya no son blancas y el río abajo, ya no ríe, sino que empieza a rugir.

Yo ya estoy solo.

¡Voy solo...!

¿Dónde estoy?

Cuando las sombras se aprietan arriba y el río me asusta con sus gritos, siento una mano que me insta a seguir subiendo, y una vez más, la vieja voz tierna que mi corazón se sabe de memoria, dice:

¡Apura que ya se hace tarde!

¡Apura!

Y la noche que amenazaba ser negra, se pone clara y diamantina, porque, inesperadamente, salta la luna por detrás de un cerro puntudo, pero una luna verde y taciturna.

Y ya no estoy solo... Ya no tengo miedo. Mi madre, que hace tiempo se ha ido al otro lado del Cerro más alto porque alguien la llamó de Más Allá, ha vuelto ahora, para ayudarme a subir la Cuesta y volverá seguramente cada vez que yo necesite de la urgencia de su voz. ¡Volverá...!

¡Volverá...!



INDICE

Pag.

ALBORADA

CREPUSCULOS

La ruta del sol

El arco de siete colores

El cometa

Los reyes magos

El baño

La mujer blanca y la mujer negra

Mi tío Ricardo

NOCTURNOS

Los luceros se pueden tocar

Eclipse de luna

Las candeladas de San Juan

Tres, golpes en la puerta

La mano negra

Cau... Cau...!

La prosección de las animas

La viuda

El bulto blanco y el gato negro

"Ay, mi taitito...

En esa estrella esta mi hermanita que se murio

El duende

Algo... yo no se

La barca de San Pedro

Las escondidas

El circo

La lampara

Blanca nieve

Luna... Luna...!  
El señor San Jacinto  
Mi nacimiento  
ESTAMPAS DE SEMANA SANTA  
Domingo de Ramos  
Martes Santo  
Miercoles Santo  
Jueves Santo  
Viernes Santo  
Sabado de Gloria  
Domingo de Resurrección  
DOS EPILOGOS  
Despedida  
Nocturno de la primera alborada.